



# Neblina morada

JOSÉ FALCONI

LETRAS | NARRATIVA









Neblina morada

El autor contó con el apoyo del Fondo Especial para la Cultura y las Artes del Estado de México, 2011, para escribir esta novela.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

JOSÉ FALCONI

# Neblina morada





GOBIERNO DEL  
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Marcela González Salas  
*Secretaria de Cultura y Turismo*

CONSEJO EDITORIAL

*Consejeros*

Marcela González Salas, Rodrigo Jarque Lira, Gerardo Monroy Serrano,  
Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Comité Técnico*

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

*Neblina morada*

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2020

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México  
Jesús Reyes Heróles núm. 302,  
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© José Amador Falconi Oliva

ISBN: 978-607-490-312-6

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217/01/24/20

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*Esta novela fue escrita atendiendo al consejo de Miguel de Unamuno: Escribe como quieras. ¿Que cómo se hace eso? A la buena de Dios, cada cual como mejor se las componga, salga lo que saliere, cada uno con su cadaunada, y luego...*



*A la memoria de Ángela Oliva Ruiz, mi madre*



Neblina morada en mis ojos,  
no sé si es de día o de noche.  
Tú estás soplando en mi mente.  
¿Será mañana o el fin de los tiempos?

JIMI HENDRIX, "Purple haze"

No puede durar el mundo,  
porque dicen, y lo creo,  
que suena a vidrio quebrado  
y que ha de romperse presto.

LOPE DE VEGA

La escritura es el arte de descomponer  
un orden y componer un desorden.

SEVERO SARDUY



**Adalgisa duerme narcotizada.** Se refugia bajo una mesa de madera para dibujar, con un trozo de carbón exorcizado, una estrella de cinco puntas. Sobre la mesa hay un reloj de arena y una enorme copa con un líquido escarlata. Adalgisa extiende su mano y con dificultad toma el reloj y lo voltea para que el tiempo fluya en granos morados. Sigue empeñada en dibujar la estrella con exactitud. En su sueño, plano de detalle del pentáculo. En el centro de éste, cae el reloj de arena.

Adalgisa deja su escondite. Quiere ver quién tiró el reloj —que yace en el piso hecho una constelación de luminosa polvareda de cristal—, pero sólo encuentra la copa, que se revienta y el líquido le baña el rostro. Con los holanes de su blusa se limpia ese nepente aceitoso, quemante de tan frío y con olor de almendras amargas; entonces ve a un niño meco, casi albino, delgado, de no más de nueve años que de



pronto es un anciano de setenta: calvo, panzón y arrugado. Todo depende del cristal con que se mira y en este caso el cristal es el ángulo desde el que se observa al niño/anciano. Termina el sueño.

Adalgisa abre los ojos y descubre que ella y Amílcar y Sandra y el Caballero Spic y Mari Juana y Guido y doña Delina y don Amador, van en caída libre entre lo que parece ser niebla guinda.

¡Ah, el vuelo pedagógico entre vahídos y gritillos de mujeres y pataletas hombrunas!

## Uno

Cuando en los suburbios de Tierra Adentro no quedaba la menor duda de que algo extraño sucedía, el corazón de la ciudad, cuyo cielo estaba ya cubierto por una neblina espesa y morada, aún era ajeno al horror. Los invasores, provenientes de un planeta cercano a Vega de Lira, la más brillante estrella del hemisferio boreal —y que hemos de llamar vegalinitas— soltaron perros no hambrientos, sino bien comidos, alados y con ojos brillantes como ascuas en noche muy oscura. Ágiles, movían patas y alas a gran velocidad, y de epidermis tan curtidas que las dagas, machetes y cuchillos, que algunos infelices usaron para defenderse, se mellaban y terminaban por quebrarse al querer lacerar sus carnes. Los monstruosos animales devoraron a los otros perros —los domésticos “amigos del hombre” — y también a sus amos: niños, viejos, jóvenes. En

fin, un comedero de canes y seres humanos entre los recovecos de las calles mal asfaltadas y los callejones empedrados; festines sangrientos dentro y fuera de las casas a medio construir, la mayoría dejadas en obra negra, a decir de los maestros albañiles. Pero la jauría volandera también arrasaba con otros seres sintientes: pericos, gatos, cerdos, guajolotes, palomas, sapos, ratas, cucarachas, arañas y hasta un gato montés, bajado de la sierra de Santa Catarina, fueron masticados por estas fieras de ansiosa polifagia.

Testigos hay de estos hechos, pero no dicen lo que vieron. Dicen que aquellas cosas que presenciaron no se pueden contar de tan espantosas. Estos testigos de lo inefable, huyendo del horror, llegaron al centro de Tierra Adentro: harapientos, hambreados, un tanto psicóticos, vagaron como *pretas* (en la tradición budista una forma de reencarnación: la de fantasmas hambrientos) por sus calles, repitiendo palabras que parecían tomadas de un diccionario de lo infame: mutilaciones, desangramientos, degluciones, muertes.

—Estaba en el suelo, doblada sobre sí misma y encima de ella, lamiendo su rostro ensangrentado, ese ser monstruoso... —decía una y otra vez, sin avanzar en su relato, Guido Ortiz, carpintero que vivía en uno de los suburbios asolados.

Después fueron apareciendo en diversos rumbos de la ciudad cabezas flotantes que, se cuenta en Tierra Adentro, eran las de estos sobrevivientes que a la postre sucumbieron. También comenzaron a encontrarse zapatos abandonados con restos de pies humanos en su interior. Amílcar halló uno cuando cumplía su misión de vigilancia en el barrio Chichimeca. Otro fue hallado por una paseante en un parque del barrio Indostánico. Sandra Malone, nombre de la

paseante, dijo haber encontrado en una banca un pie calzado por un zapato deportivo.

Tras examinar ella misma el hallazgo, precisó que se trataba de un zapato de hombre y, sin embargo, lo ocupaba un pie izquierdo sin duda femenino, dada su finura y su tamaño, amén de su olor a abluciones con hierbas aromáticas, las huellas de besos clandestinos y los restos de barniz en sus lúnulas. Otro pie —éste sí de varón— de nuevo en un zapato masculino, fue hallado en el Jardín de los Héroe. La aparición esporádica de estos restos podológicos dio pie a las más diversas habladurías.

Se decía que eran regalos de los perros alados; juguetes rabiosos, burlas siniestras que estos bichos dejaban caer en pleno vuelo, para luego perderse entre la neblina morada que parecía formar espesas dunas en el cielo de Tierra Adentro.

Otros afirmaban que eran regalos del mundo astral: ectoplasma fluido y pastoso que manaba de un médium diabólico hasta encarnarse en los pies cercenados y las cabezas flotantes.

Algunos más alegaban que eran regalos de los gules y vampiros —almas desencarnadas de seres depravados— desprovistos de sentido cuando se les deja tranquilos, pero que obran como individuos inteligentes y maléficos cuando son evocados por la enfermiza imaginación de un mago negro.

Había quienes estaban convencidos de que eran ensoñaciones y alucinaciones colectivas, provocadas por el desequilibrio emocional que padecían los habitantes de Tierra Adentro y que se resolvían en esas aberraciones que enloquecían las mentes de suyo debilitadas por las preocupaciones de los tiempos bélicos que corrían.

Hubo otros que decían que eran ofrendas del mismísimo Satán (sale de las natas) que se orinaba sobre la mística espada del arcángel Miguel y se la pasaba de lo lindo —del tingo al tango haciendo sus macabradas— en las orgías de las que ya daremos noticias.

Los bardos de vida airada sugerían que eran acontecimientos acaecidos en la frontera del vacío. O bien, los poetas surrealistas estaban convencidos de que eran absurdidades brotadas de las paredes hartas de que nadie les diera valor alguno y, sin embargo, muy claras de ser el sostén de casi todas las ensoñaciones. Y los poetas infrarrealistas, aquellos que conocen la justa dimensión de la ternura, ajenos a cualquier pretensión ontológica y que escriben sobre amores que nunca tuvieron, entre charcos de pulque y lágrimas, apuntaron: “Esta neblina morada nos fascina; es ideal para el tráfico de estupefacientes y corazones rotos”.

En fin, se decían tantas cosas...

Después de las tinieblas no vino la luz sino, literalmente, más tinieblas. Una mañana, tras un intranquilo sueño colectivo, la ciudad amaneció sin energía eléctrica. A Tierra Adentro le extirparon, como a un cuerpo humano se le extirpa un tumor, su luz, y la extirpación fue casi total, pues la neblina morada se había hecho más vasta y más espesa, y apenas permitía que una insinuación solar se filtrara, confiriéndole a las calles una atmósfera irreal, de calima hasta las cuatro o cinco de la tarde y de franca oscuridad en horas más altas. Oscuridad matizada tan sólo por las luces de velas, veladoras, quinqués, alcuzas y linternas sordas.

En los cuatro barrios históricos de la ciudad, chamanes y shamanes (con *ch* o con *sh*, según la tradición a la que pertenecieran) de muy diversas cataduras presidieron rituales tántricos —del Tantra de la Mano

Izquierda, tan lleno de ritos de Magia Negra— de copulación divina o expiatorios de mortificación de la carne, en que los participantes gemían y temblaban de placer o dolor, según el caso, para escapar del nefasto karma colectivo. Dada la apremiante y grave situación, las autoridades recurrieron también a estratagemas religiosas para enfrentar la crisis: Círculos de Rezadores para rogar al Señor del Veneno, Patrón de Tierra Adentro, que los invasores no penetraran el corazón de la ciudad; Círculos de Meditadores que acumularían los méritos necesarios para lograr que, como la mítica Shambala, Tierra Adentro pasara a otro plano de la realidad para salvarse del desastre, y, por último, se organizaron las Milicias Civiles Vigilantes (MCV).

“El alcalde de la ciudad, en virtud del artículo 69 del Código Civil y en el marco del estado de emergencia, ordena la leva de todos los elementos masculinos aptos para el servicio a fin de incorporarlos a las Milicias Civiles Vigilantes *tatararí tatarará*”, pregonó el vocero de la municipalidad, perifoneando desde un automóvil oficial y tocando, al final de su pregón, su corneta carcomida por el orín. El pregonero, Savio Gordillo, recorrió los barrios históricos de la ciudad antigua: el de los africanos, el de los chichimecas, el de los kikapúas y el Indostánico, sabedor de que en ese momento otros veinte pregoneros hacían lo propio por las colonias de la ciudad moderna, que comenzó su expansión en la década de los años cuarenta.

En cada uno de los barrios históricos, los hombres se arremolinaron en torno de Savio Gordillo, deseosos de participar en las MCV, preguntando dónde y a qué hora había que presentarse para cumplir con sus deberes ciudadanos, y las mujeres agasajaron al empleado municipal con todo tipo de golosinas como queriendo congraciarse con él.

En el barrio Africano le ofrecieron tortitas capeadas de pétalos de flores y patitas de puerco a la vinagreta. En el barrio Chichimeca degustó chanfaina de higaditos y mollejas de pollo con calabacitas tiernas. Los kikapúas lo cebaron con un guiso de ancas de rana aderezado con queso crema a las hierbas finas. Y en el barrio Indostánico se le deleitó con unos panecillos de trigo integral rellenos de yogur, bañados en miel de abeja. En los cuatro barrios se le dio a beber tornillos, catrinas y chivitos de pulque de Ozumbilla curado de flor de garambullo.

En cada barrio Savio comió, en improvisados jolgorios en los que nunca faltaron música y jiribillas, con moderación pero con deleite. Sabía, o ya de perdís sospechaba, que era la última vez que, por lo menos en mucho tiempo, comería como Dios manda, pues a consecuencia del conflicto bélico Tierra Adentro comenzaba a tener problemas de abasto de víveres y todo tipo de bienes.

En el barrio Indostánico, el último que Savio visitara, el viento vespéral empujaba y desgarraba las postreras y enmarañadas nubes, que parecían un desfile de elefantes de dos o tres cabezas, seis patas, multitud de orejas y trompas y colas reiteradas. Se desató, de improviso, una tormenta eléctrica sin que cayera una sola gota de agua; se enfrió el ambiente y todas las criaturas se pusieron a temblar.

Guido Ortiz, aquel carpintero que vagando había llegado al barrio Indostánico, decía a grandes voces, tratando de vencer con sus gritos el bombardeo sónico de las descargas eléctricas:

—¡Vendrán con sus espejos malignos, acompañados de devastadores huracanes!

Y la neblina morada, telón de fondo de relámpagos y truenos, se volvía segundo a segundo más espesa.

## Dos

Cuando Guido Ortiz tenía sus horripilantes pesadillas, media hora antes de despuntar el alba, dos o tres zanates, con sus picos húmedos, revoloteaban con gran barullo en torno del bulto de cartones y periódicos que sirvieran de lecho a sus carnes enjutas y huesos calados por el frío. El aleteo y graznido de los pajarracos terminaron por despertarlo y se incorporó con enorme esfuerzo, violentando su cuerpo aterido. Arrinconó en el portal, con el pie desnudo, los cartones y periódicos. Se calzó sus caites agujerados y encaminó sus pasos en dirección del viento, luego de chuparse el dedo índice de su mano derecha y colocarlo a la altura de sus ojos. El alma del indigente en que se iba convirtiendo el maestro carpintero estaba llena de imágenes terribles.



El viento soplaba de norte a sur y en esa dirección se puso a caminar Guido hasta llegar a una calle que reconoció de inmediato: la calle de su infancia. En medio del arroyo, entre hileras de fachadas amarillas y blancas —algunas con leyendas escritas en ortografías imposibles: hamor sos mi luna de diemtes caidoz—, corre la vía del tren y pisando los durmientes —uno sí, tres no— avanza Guido por ese camino que, de pronto piensa, “nadie quiere transitar” y entonces se detiene y alza la vista hacia los balcones de las casas. Barcas en un mar de oleaje moderado, balcones flotando en nebulosidades granates. En ellos están las madres, los padres, los abuelos, algún chozno tal vez, tomados de las manos, callados, con sus galas domingueras, pero sangrantes de los ojos, las fosas nasales, la boca, las orejas y es tanta la sangre que comienza a cubrirlo todo, a borrarlo, a enviarlo al infierno del no ser, a sumirlo en la insondable oscuridad.

—¿Qué desorden es éste? —se preguntó Guido y con paso vacilante traspasó el umbral de la casa paterna. Halló a sus padres a la mesa, comiendo migas de pan que de sendos platos de peltre tomaban con sus dedos. Comían en silencio y parecían no advertir la presencia del hijo. De pronto Guido vio cómo de las bocas de sus padres —don Amador y doña Delina— comenzaba a gotear sangre. Se acercó a ellos y pudo percatarse de que junto con las migas sus padres se comían sus propios dedos con una serenidad imposible, sin que manifestaran ningún dolor, ninguna emoción.

—¿Qué desorden es éste? —se preguntó Guido y se reacomodó en su cama de cartones y papel periódico.

Guido Ortiz soñó por última vez un sueño dulce, pero antes tuvo un sueño cruel y triste: Dios había sido reducido a un ídolo descansado y a fin de cuentas no sólo enfermo, sino agónico. O

dios —ya con minúscula pues ¡qué tan poco de él quedaba!— era una sombra desbalagada que discurseaba en una gramática psicótica, muy afín con el desgastado calcio de su esqueleto, con la ingrata y magra pensión dada por el Estado, con la opacidad de sus ojos aterrados por la contemplación del desencanto cósmico. Un dios que ya no era ni la sombra de sí mismo, arcilla sin luz entre un murmullo de ebrias rezanderas...

A este sueño amargo se encabalgó el sueño dulce: tenía dieciséis mil ciento ocho concubinas. Todas exquisitas, adorablemente vestidas, de sonrisas complacientes y palabras melosas. Cada una de las concubinas tenía miles de sirvientas, igualmente jóvenes y bellas, que enloquecieron por Guido y se pusieron, sin condiciones, a su servicio: aquello era mejor que el paraíso. Entre un agitado mar de millones de esbeltos brazos femeninos, de manos mujeriles que ansiaban acariciar su cuerpo, y perfectas uñas largas cargadas de cocaína —pintadas con esmaltes de diversos y metálicos colores: rojo, negro, azul, dorado, magenta, solferino— fue Guido Ortiz perdiéndose en su sueño, no sin antes cuestionarse:

—¿Qué desorden es éste?



## Tres

Cuando Amílcar y Adalgisa se sentaron en torno de una mesa pequeña, redonda, de madera corriente, a desayunar migas de pan y café negro, grandes disturbios se sucedían en las calles de Tierra Adentro. Hombres y mujeres, bajo los efectos de una intoxicación neuroquímica cuyo origen era difícil determinar —pues aun las personas más sensatas padecían los síntomas—, llevaban máscaras con cuernos o bien se untaban el rostro con heces fecales de gatos, perros, loros, palomas y otras especies menores, y por las calles se entregaban —desnudos— a danzas y pantomimas extravagantes.

En las calles, el griterío de frases injuriosas y cantos que parecían invocaciones satánicas terminaba en obscenos ayuntamientos sobre el fango o el asfalto. Personalidades de indiscutible prosapia se hacían cosquillas en las axilas y las plantas de los pies, y llevaban

su impudicia al extremo de picarse entre ellos el ombligo y otras cavidades del cuerpo.

Aquelarre sin Prado del Cabrón, sin ungüento mágico ni *emen hetan* pero seguramente con beso ritual (el beso negro o mejor aún ósculo nefando) o, más bien, besos rituales en los anos de los celebrantes y con toda seguridad con la presencia de incubos y súcubos, y gran derramamiento de sudor y semen.

En medio de estas orgías pronto adquirió notoriedad el Caballero Spic, cuarentón labiero y garañón matrero que amenizaba las salaces escenas con música de gaita —o *gaíta*, como él decía— o declamando, de acá para allá, lo que él mismo llamaba el *sermo chaoticus*. Un rezo en varios idiomas y en ninguno —griego, francés, cróele, vasco, español e inglés—, hecho más que de palabras de voces incoherentes. Esta especie de rumor —que algunos se detenían a escuchar en éxtasis— resonaba poderosamente entre los balidos, los jadeos y los más diversos gemidos de la canalla enfebrecida.

En otras ocasiones el Caballero Spic se paseaba entre la susodicha canalla, vestido con una casulla color sangre seca que tenía bordado un macho cabrío, a manera de escudo, a la altura del corazón. De pronto se detenía y movía sus caderas describiendo un círculo a la derecha y otro a la izquierda. Sin duda un movimiento ritual que era acompañado de una copiosa meada, pues el chisguete escurría por sus amplios pantalones hasta sus gastados botines de gamuza verde oxidado, mientras murmuraba:

—¡Qué cosa más deliciosa, calientita y espumosa! ¡Soy el hijo del diablo y me apodan Pito Suelto! —aunque nadie lo llamaba así —Pito Suelto—; tal vez en otros pueblos, pero aquí, en Tierra Adentro, era universalmente conocido como Caballero Spic, de

empecinada y cabalística socarronería, cuya presencia hacía chillar los pájaros y que en los aquelarres proyectaba, a la luz de fogatas de neumáticos inservibles y altamente contaminantes, una fantasmagórica sombra ornamentada con cachos de toro; insólita y sobrenatural cornamenta sólo apreciable en su sombra mas no en su bulto corpóreo, al que se arrimaba párvula boca —que siendo tan niña era capaz de enseñarle a pecar al más pintado— a decirle:

Caballero Spic, Caballero Spic,  
lámame el culo, Caballero Spic;  
estoy borracha, llena de males  
y no me queda virginidad.

En fin, ¡qué cosas...!



En la martirizada Tierra Adentro se habían formado tribus urbanas conocidas por los misteriosos gentilicios de bassaris, klodones y mimallones. No faltó quien explicara que estos nombres se remitían a la Grecia helénica y que tenían que ver con la antigua religión dionisiaca. Que, por ejemplo, bassaris derivaba de *bassàpa*, voz que en los tiempos helénicos designaba una especie de vestido que usaban las prostitutas sagradas y que estaba hecho con piel de zorra.

En efecto, la tribu bassaris estaba formada por mujeres jóvenes que vestían de singular manera: toscos overoles de mezclilla recortados a tijeretazos irregulares a la altura de las corvas, con los petos agujerados y bajo ellos sus pezones ardientes como un fuego

encendido por el frotamiento constante de la piel suave con la áspera tela. Usaban boinas grises, negras o azul marino y calzaban choclos negros con los cordones siempre sueltos y en ocasiones, al finalizar la orgía, cantaban a manera de himno:

¡Oh, Dios misericordioso  
que volviste el agua en vino,  
vuelve mi culo linterna  
para alumbrar el camino!

El origen de klodones y mimallones era más difícil de esclarecer. Sin embargo, apuntaremos que los klodones parecían cazadores de tiempos primitivos: bebían pulque amenizado con toques de marihuana, hasta el grado de una verdadera embriaguez hipnótica y posesiva, y para participar en las orgías callejeras —y sólo para esos menesteres— usaban taparrabos de manta cabeza de indio, tanto los hombres como las pocas mujeres que formaban parte de esta tribu.

Los mimallones eran, a decir de los miembros de las otras tribus, unos coyones-mampos-jotos-maricones. No tenían una forma específica de vestir —lo hacían de manera común y corriente—, pero se distinguían por llorar como plañideras en velorios de ricos, en medio de los aquelarres y en hacer inútiles llamados al comportamiento reflexivo, como miembros de una sociedad racional. Llamados tan vanos como el de Luviano Habacuc, administrador de empresas y mimallón, que inclusive citaba profetas bíblicos:

—¡Ay del que hace beber a su prójimo, mezcla droga y lo embola para verlo desnudo!

Savio Gordillo, acorde con su temperamento, se volvió miembro distinguido de los klodones y una tarde muy agitada, después de una de estas experiencias orgiásticas, Savio, vistiendo el ridículo taparrabos, se quedó tendido en el fango, adormilado, respirando los vapores tóxicos que subían del suelo, provenientes de las alcantarillas, y los que bajaban del banco de niebla morada. Entonces tuvo un sueño en verdad maligno.

Hojas negras cayeron sobre Savio Gordillo: lluvia que se desprendía de un eucalipto que ya no resistió el peso de la niebla. Savio se incorporó y echó a caminar en medio de una luz decapitada, a pesar de que eran las diez de la mañana. Como si fuera un cadáver ambulante vio revolotear zopilotes en torno a él. Sintió piquetes de avispas en su paladar y en su lengua, y el gusto de una sangre bebida a gotas de rabia porque la ciudad, su ciudad, se había transformado en una bestia oscura. Volvió a sentir piquetes en su boca y escupió sangre y recordó que había comido vidrios durante la última farra: suicidio simbólico, agazapado.

—A veces la vida pasa como un caballo al galope —dijo para sí mismo Savio Gordillo— atropellándolo todo, y es inútil que nos preguntemos qué va a pasar o qué no va a pasar —concluyó, cuando los cantos de mantras se dejaban escuchar por las calles del barrio Indostánico.

Los rituales de los meditadores estaban en pleno apogeo, de tal manera que un zumbido monocorde y profundo —como el que suelen escuchar, según se dice, las personas que mueren ahogadas— salía de casas y templos y acompañaba a la oscuridad creciente contribuyendo a poner en las calles matices de irrealidad.



Los cantos se hamaqueaban en el ambiente urbano: subían y bajaban de intensidad. Subían hasta convertirse en algo casi sólido, con un peso específico que se hacía sentir en la atmósfera citadina. Bajaban hasta volverse algo etéreo, tan ligero como el humo de los incensarios. Savio detuvo su deambular. Vio corrida una cortina de encaje en una ventana del piso bajo de un edificio. La cortina no estaba plegada del todo, pero permitía ver qué sucedía en el interior del departamento.

Savio espío.

Un golpe de viento provocó que la cortina se abriera aún más. A la luz de unas velas una pareja —Adalgisa y Amílcar— almuerza. Están sentados en torno de una pequeña mesa circular de madera corriente, en sillas del mismo material. Ella viste un pijama negro, satinado, y él, un traje oscuro. Almuerzan en, para Savio, opresivo silencio, café y migas de pan. Savio aguza la mirada porque duda de lo que ve, pero así es, lo que se llevan a la boca son sólo migas de pan. A Savio se le figura que es espectador de una obra de teatro. Han dado la tercera llamada y el telón ha sido abierto. La pieza comienza con silencio e inmovilidad. No dicen nada los actores y su inmovilidad es total. De pronto:

AMÍLCAR: ¿Y tus pies?

ADALGISA: Pies para qué os quiero, si tengo alas pa' volar.

AMÍLCAR: No, fuera de broma, ¿qué onda con tus pies?

ADALGISA: Pues eso quisiera saber, qué onda con mis pies.

AMÍLCAR: (*Divertido.*) Te ves bien vaciada andando sin pies.  
Déjame ver otra vez. Camina un poco.

ADALGISA: (*Con falso enojo.*) Soy tu bufón o qué.

AMÍLCAR: ¡Ándale! Que no todos los días puedo ver a una mujer andar sin pies.

ADALGISA: De veras te quieres burlar de mí.

AMÍLCAR: Sólo un poquito. ¡Ándale!

*(Adalgisa se levanta, camina en torno de la mesa con pasos lentos, como flotando.)*

AMÍLCAR: *(Divertido.)* ¡Qué maravilla! Es como si levitaras.

ADALGISA: Lo más curioso es que siento los pies. En realidad no toco el piso y aun así me siento apoyada. Como si tuviera pies invisibles.

AMÍLCAR: ¡Caray, Adalgisa, qué caso tan más raro! ¿Alguna vez te había sucedido algo similar?

ADALGISA: Sipi, de niña. Estaba rete loca. Amaba a los gatos y a la lluvia. Jugaba a maullar, a hacer manita de gato y a beber agua de lluvia.

*(Adalgisa se estira, hace manita de gato, ronronea y maúlla. Finge beber agua de lluvia.)*

ADALGISA: Una tarde quedé hecha una sopa, por la noche la temperatura me subió a 42 grados y mi mano izquierda se separó de mi cuerpo. Me puse muy triste porque era la mano que más usaba para hacer manita de gato. *(Pausa. Después continúa, reflexiva.)* A la mejor mi mano no soportó el calor y se fue a buscar el fresco. Por tres días no supe nada de ella.

*(Adalgisa vuelve a ocupar su asiento.)*

ADALGISA: Al tercer día volvió. Toda dada al catre, arañada por gatos, mordisqueada por ratones, sucia, con las uñas rotas.

AMÍLCAR: ¡Qué cosas te suceden, Adalgisa! *(Amílcar le da un trago a su café.)* Me voy, tengo que desplazarme a las mcv.

ADALGISA: *(En tono melodramático.)* ¡Ése es tu destino, Amílcar, noctivagar, deslizarte por las sombras, hundido en lo oscuro!

AMÍLCAR: No dramatices. Sólo voy al trabajo. A venderme un rato, como todos.

ADALGISA: ¿Como todos? ¡Me huele a manada! ¡Yo no me vendo!

AMÍLCAR: *(Socarrón.)* Mejor te oliera a mamada. *(Amílcar se percata de que su mujer hace un mohín de disgusto y cambia el tono.)* No, tú no te vendes. Tú estás empeñada conmigo. Yo soy tu poeta maldito o malito, tú escoge.

ADALGISA: Y yo tu musa... ¡desnuda!

AMÍLCAR: *(Con intención.)* ¿Desnuda?

ADALGISA: *(Seductora.)* Sipi. Bajo estos paños hay tan sólo mi piel endulzada para ti. Vete con esta idea en la cabeza: cuando vuelvas me hallarás desnuda, olorosa a vainilla, canela y pachulí. Con mis vellos erizados y húmedos.

*(Amílcar se levanta y se arrima a Adalgisa. La abraza, deseoso.)*

AMÍLCAR: ¡Qué raro que mi cuerpo te necesite tanto!

- ADALGISA: Con mis vellos erizados y húmedos.
- AMÍLCAR: ¿Qué puedo darle de comer a mi alma?
- ADALGISA: ¡Los pendejos erizados y húmedos de mis verijas!  
(*Adalgisa se separa de Amílcar.*) ¡Mejor vete, vete ya!
- AMÍLCAR: Tienes razón, que llego tarde a la guardia.

*(Amílcar le da un beso en los labios y se va. Adalgisa se vuelve a sentar. Come migas de pan y bebe café. De pronto desde el cielo raso cae sobre la mesa, golpeando fuerte y derribando las tazas, un par de pies femeninos.)*

- ADALGISA: (*Asustada.*) ¡Jesús, de veras que no gana uno para sustos! (*Dirigiéndose a los pies, regañándolos.*) ¿Ustedes, dónde andaban? Parecen pies de zorra callejera, pies de bassaris y no de una dama como yo.



## Cuatro

Cuando Sandra Malone, que subió desde Tierras Bajas —ciudad vecina al mar— hasta Tierra Adentro, seis meses atrás, puso punto final a su *Crónica*, se sintió jubilosa. No había bebido más de tres caballitos de mezcal espadín —y devorado un gusano de maguey— y su sonrisa, habitualmente apenas dibujada en sus labios, se expandía por su rostro maquillado al estilo Kabuki: irradiaban en su cara el cálido y atrayente rojo; además del color de los villanos, los fantasmas y demonios: un intenso azul.

Fragmentos de la extraña realidad vivida en el último semestre, salpicada de sus escauceos eróticos con algunos de sus alumnos (y, con menos frecuencia, algunas de sus alumnas), a quienes daba clases de Meditación Trascendental, constituían su *Crónica* que escribiera escuchando siempre la *Sinfonía número 2 en do menor, Op.*

29, de Alexander Scriabin, con sus cinco movimientos extensos y rapsódicos.

Malone la oyó los primeros cinco meses en un tocadiscos de baterías y cuando las pilas se agotaron y no hubo manera de reponerlas, aleteando sus manos al compás, como si dirigiera una orquesta invisible, recordaba trozos de la sinfonía. Sobre todo rememoraba, de esta obra de tan difícil recordación, los cantos de pájaros del *Andante* y el ronroneo gatuno de las violas en el *Tempestoso*: calidades fisiológicas de la obra de Scriabin. Cosa más grande, caballero, tan sólo el *Allegretto* de la *Sinfonía número 7 en do mayor, Op. 60, Leningrado*, de Dimitri Shostakovich, dirigida por el chino Jacob Chi, que baila y hace acrobacias al mover la batuta.

Tras ponerle punto final a su *Crónica*, Malone se levantó y más que caminar deslizó sus pies desnudos sobre la alfombra de su pequeño departamento. Se mordió los labios, exhaló su suspiro más secreto —el reservado para la amorosa intimidad— y se asomó a la noche, no para ver, porque esto ya no era dable, sino para adivinar, detrás del dosel de neblina morada, el manto estelar.

Reiterada, aburridamente, la neblina cubría el cielo y, más abajo, las copas de la arboleda vecina. Ella miraba con los ojos entrecerrados, como si con ese gesto pudiese ver un poco más.

—Un poco más mejor —musitó y se humedeció los labios con la punta de su lengua y su sonrisa se expandió de nuevo. Y se imaginó que la luna —ya que no podía verla— encrespaba su Mar de la Tranquilidad muy molesta porque la neblina morada evitaba que su luminosidad rielara sobre las aguas del mundo.

Antes del ejercicio caligráfico de escribir con letra menuda, pero elegante, las diversas vicisitudes de su *Crónica*, Sandra Malone

sumergió sus palabras en lo más profundo de sí misma, le gustaba pensar, y ése era el motivo de su júbilo: había logrado expresarse con total libertad, con absoluta sinceridad. Aunque las palabras llegaran inopinadamente, siempre eran llevadas hasta los adentros de sus acendrados recuerdos para contar con precisión lo que había acontecido hogaño en la desastrosa ciudad: la invasión de la neblina morada, el ataque de los perros monstruosos, la plaga de pies cercenados y de cabezas flotantes.

La *Crónica* de Sandra Malone versaba también sobre cómo los movimientos de sus manos expresaban sus distintos estados de ánimo. Toda su vida emocional podía reducirse a sus manipulaciones amplias o breves: aves en vuelo o formas geométricas que danzaban, según el tenor de sus emociones, a últimas fechas exacerbadas. Como ahora que se delineaba el rostro con el dedo índice de su mano derecha para constatar que ella, en verdad, sobrevivía, seguía existiendo y podía, como ya se dijo, deslizar sus pies desnudos sobre la alfombra ornamentada con figuras geométricas. Rombos y trapecios descoloridos que tan eróticos contactos habían tenido con las plantas de los pies de Malone y aun con su cuerpo entero, porque sabían de su desnudez, de sus sudores, de sus deseosas transfiguraciones, cuando su cuerpo se volvía tormenta, estruendo, bullicio, para finalizar como un simple rumor sobreviviente de cada orgasmo químico. Y se quedaba un buen rato echada en la alfombra (que tenía sustanciales boquetes, verdaderos portales para viajar a otros mundos), sintiendo que las estrellas se alojaban en su cuerpo, tatuado de rombos y trapecios.

Trapecios, rombos y otras figuras geométricas de tonos anaranjados y azules orientales la perseguían por toda la vasta extensión



de la alfombra, ya que, o bien ella se hacía chiquita (pero chiquita, chiquita), o la alfombra se estiraba infinitamente y ella arqueaba las cejas, sorprendida, y se ahogaba con el humo de las velas aromáticas, y recordaba a sus parientes muertos y sus amores perdidos. Así eran los sueños químicos de Sandra Malone, después de hervir la sustancia guinda, un tanto aceitosa, con olor a almendras amargas, en una cuchara sopera y recogerla con una jeringa e inyectársela con prontitud, a últimas fechas entre sus ortejos.

En ese estado de embriaguez (“cósmica”, decía ella) su sensibilidad se aguzaba y parecía responder a todo estremecimiento del universo externo: al más leve sonido; a la más tenue sombra. Su cuerpo *se hacía más ancho*, para que la vida fluyera mejor en él.

Una extraña parvada de cuervos —extraña, porque estos pájaros dentirrostrós suelen andar en solitario— crascitó con alarma cuando vieron pasar por entre ellos, rompiendo su formación, el pájaro más grande, realmente una monstruosidad, que jamás se hubiesen imaginado. En un estado de frenesí, Sandra Malone escaló el barandal de la terraza de su departamento; se paró en el borde y dijo para sus adentros:

—Este cuerpo no es más que una bolsa de piel con vellos, uñas en los dedos y pelos en la cabeza. Dentro hay montones de músculos, manojos de huesos y posos de sangre, siempre mezclados con excremento, orina, moco, bilis y gases flatulentos, y habitado por diferentes tipos de gérmenes. ¡Qué pinche asco! —y gritó—: ¡Soy la maestra de Baco!

Se arrojó al vacío. ¿Se arrojó al vacío? Sí y no. Fue su cuerpo de ensueño (o cuerpo astral) el arrojado a la experiencia del vuelo pedagógico. Cuerpo de ensueño o cuerpo astral, ¿qué más da? A fin

de cuentas un cuerpo etéreo, hecho de una materia que duplica la personalidad humana; materia tan fluida, tan sutil, tan elástica, que escapa por completo al dominio de la física clásica. Cuando el desdoblamiento se efectúa queda en quietud o inconsciencia el cuerpo físico —catalepsia, sueño, éxtasis— y el cuerpo etéreo puede aventurarse por regiones infraterrenales o supraterrrenales...



## Cinco

Cuando el cuerpo astral de Sandra Malone vagaba entre la neblina morada, su cuerpo físico permanecía tendido en la sala de su departamento, ardiendo en el sueño:

Ella y el Caballero Spic brindan con sendas copas de Moët & Chandon Nectar Imperial, acompañadas por una tabla de frutas exóticas, *foie gras* y quesos azules y fuertes. Beben ese champán semiseco, un tanto afrutado y untuoso, en la breve sala, discreta y sabiamente iluminada, de una *suite* de cinco estrellas. Es noche cerrada, pero en la *suite* la iluminación ha anclado el tiempo en un crepúsculo ficticio al que podrían poner fin con tan sólo subir o bajar la intensidad de la luz. O con simplemente apagarla. Pero no; ellos están bien así: envueltos por esa sedosidad enardecida por la voz de Libertad Lamarque interpretando *madreselvas en flor que me vieron*

*nacer y sombras nada más en el temblor de mi voz y tendida en el sillón fumar y amar y besos brujos, besos brujos que son una cadena y la culpa fue de aquel maldito tango que envenena cuando suena, tangos cantados por una Libertad magistral. Tangos que vienen de un tocadiscos estereofónico...*

Repentinamente se rompieron todos los cristales de la *suite*. Una gran voluta de humo morado borró el magín de Sandra Malone, que ya no pudo hacer un hoyo en el aire para asomar sus ojos y espiar al amor por intermitentes eternidades... Así ardía en el sueño Sandra Malone, inusitada y ondulante, encabritada, enroscando y desenroscando su cuerpo; lo indudable es que seguía soñando y tremenda caja de Pandora que era su sueño y ella olía a sudor químico y tenía las ropas húmedas, pegadas al cuerpo, y la noche como un milano se aposentaba en el balcón de su departamento. Colas de gatos negros la masturbaban sin piedad y ella, hipersexualizada, se ponía sus plumas rojas, y los helados dedos de sus pies enmudecían ante el presentimiento de la cercana muerte de aquello que hemos dado en llamar la realidad. Malone comprendió, en ese psicodélico viaje, que todo es ilusión. Y la muerte: la última ilusión de la vida, así como el horizonte sensible es la última ilusión de la vista...

Sandra Malone, en su viaje químico-astral, asciende por una suntuosa escalera de caracol entre faquires desnudos que le oran a un ilusorio dios-efefante.

## Seis

Cuando Amílcar salió del departamento se encontró a Savio, aún asomado a la ventana, aplaudiendo la falsa representación de la que había sido espectador.

—¡Caray, nada como el gran teatro del mundo! —decía el pregonero municipal arrimándose a Amílcar con los brazos abiertos. Y agregó—: ¡Fascinante, fascinante! En estos días amargos es reconfortante atestiguar que todavía hay un lugar para el arte en este mundo inmundo. —Y antes de que se consumara el abrazo, Savio plegó sus extremidades superiores que quedaron cerradas sobre su pecho, formando una equis que algo tiene de cruz y de calvario.

Amílcar, sorprendido, un tanto turbado —por el efecto que el atípico atuendo de Savio, el ridículo taparrabos, causaba en él— se ruborizó, se paró en seco y dijo con modestia:

—No es para tanto, amigo. Exagera usted con los elogios. Hemos tenido mejores días, si es que a esta inacabable penumbra se le puede llamar *día*.

—Ya ve usted cómo estamos. Sumergidos en una oscuridad cada vez más profunda. Pero no divaguemos; le digo que lo que acabo de ver supera incluso el espectáculo de don Guido Ortiz, el viejo carpintero...

—Que según dicen las malas lenguas, está cada día más orate.

—Así es. Le ha dado por pararse en cualquier esquina y a grito pelado anunciar la consumación de un acto extraordinario y, ya reunido un cierto número de transeúntes, no toca “Balada para un loco”, como podría uno esperarse, sino el Himno Nacional.

—Y en qué consiste lo extraordinario. Digo, esa patriótica melopea...

—¡Es que lo toca a pedos, a pedos, a sonorísimas y bien armonizadas, hay que reconocérselo, flatulencias!

—¡Qué asco de macuarro! Es como para meterlo a la cárcel...

—En estos tiempos que corren, yo creo que es traición a la patria. Deberían fusilarlo.

—Y después cortarle la cabeza...

—Y que se exhiba su macuarra cabeza en la torre más alta de Catedral...

—Hasta que se seque...

—Hasta que se momifique...

—Que la salen primero...

—Sugerencia del día: cabeza de macuarro a la sal.

Después Savio y Amílcar rieron durante breves segundos; acto seguido se presentaron:

—Savio Gordillo, servidor de usted.

—Amílcar Olmos, para lo que guste y mande.

Y se despidieron, pues ambos tenían que llegar a sus puntos de vigilancia para cumplir su compromiso con las mcv. Savio, por supuesto, tenía que pasar antes al cuarto de azotea en que vivía para consumir un acto obvio: cambiarse el ridículo taparrabos por ropas más presentables y abrigadoras.

≈≈

El parque cubierto por neblina morada. Apenas apreciamos la silueta de Amílcar. El Inspector, hombre entrado en carnes, colicho, sonrisa bonachona, gabardina gris rata, camina hacia Amílcar. Usa también unos quevedos ahumados que cabalgan sobre su nariz prominente, lo que es una verdadera excentricidad —los quevedos, no su nariz— si tomamos en cuenta la irrevocable oscurana en que está sumida Tierra Adentro.

INSPECTOR: Buenas noches.

AMÍLCAR: Buenas noches, Inspector.

INSPECTOR: Parece que tendremos otra noche de tensa calma.

AMÍLCAR: (*Compungido.*) Si'ombre, demasiada, demasiada calma.

INSPECTOR: Lo dice usted con pesar.

AMÍLCAR: Es que estas jornadas en vela están resultando aburridísimas.

INSPECTOR: Entonces, su reporte es...

AMÍLCAR: Sin novedad, sin novedad en el frente.



INSPECTOR: *(En tono de argüende.)* ¡No, no, no y mil veces no! Éste no es el frente. En el frente sí que hay novedades.

AMÍLCAR: ¿Como cuáles, don Inspector? Cuente, cuente.

*(El Inspector toma del brazo, confiadamente, a Amílcar y lo conduce a una banca del parque. Se sientan.)*

INSPECTOR: *(Como si revelara un gran misterio.)* ¡Los Espejos Patológicos!

AMÍLCAR: ¿Los qué?

INSPECTOR: *(Su voz tiembla emocionada.)* ¡Los Espejos Patológicos!

AMÍLCAR: ¿Espejos Patológicos? ¿Y eso, cómo se come?

INSPECTOR: ¡Ah, es un bocado muy indigesto! Escuche, escuche, que se trata de una táctica de guerra digna de Clausewitz.

AMÍLCAR: Soy todo oídos.

INSPECTOR: Tengo informes de fuentes confiables de que los vegalinitas, comandados por ese Atila de las Galaxias que ha resultado ser el general Gargamuni, se han infiltrado en todas las ciudades cercanas al frente colocando en casas, oficinas, todo tipo de tiendas y lugares públicos, esas armas de apariencia inofensiva, pero letales, conocidas como Espejos Patológicos...

AMÍLCAR: *(Intrigado e interrumpiendo.)* ¡Putá! ¿Y qué son esos espejos?

INSPECTOR: Son espejos de mano, de bolsillo, retrovisores, de baño, de aparadores, de tocador y aun lunas de cuerpo entero. Uno se ve en cualquiera de esos espejos —y

vaya que los seres humanos nos vemos constantemente en los espejos, aun con la oscura vida que llevamos—. El asunto es que, una vez que uno se echa la vista encima, estas armas se activan y todas nuestras enfermedades latentes se manifiestan simultáneas, potencializadas y atroces. Y uno se muere en un par de días, o de horas, según sea el caso.

AMÍLCAR: ¡Carajo, qué aterrador!

INSPECTOR: Así es, querido amigo, aterrador, en efecto.

AMÍLCAR: Oiga, don, ¿y las cabezas flotantes y los pies cercenados qué tienen que ver con los invasores?

INSPECTOR: Mucho, mi estimado. Nada comprobado, todavía, pero tengo para mí que detrás de esta plaga espeluznante de cabezas y pies sin cuerpo están los agentes, infiltrados en nuestra sociedad, de los invasores.

AMÍLCAR: ¡Cómo! ¿Hay vegalinitas entre nosotros?

INSPECTOR: Mi nunca bien ponderado amigo, todo parece indicar que sí. No tantos como para realizar operativos tan complejos como el de los Espejos Patológicos, pero para allá vamos. Sólo es cuestión de tiempo.

AMÍLCAR: ¡Qué chinga vamos a llevar!

INSPECTOR: ¡De perro bailarín!

AMÍLCAR: ¿Y, usted, ha visto a algún invasor?

*(El inspector hace un gesto vago y guarda silencio.)*

AMÍLCAR: Qué se me hace, qué se me hace. No sea malito, don Inspector, dígame cómo son.

*(El inspector guarda silencio.)*

AMÍLCAR: ¡Ándele! ¡Cuenta, cuenta!

INSPECTOR: *(Dándose aires de importancia.)* Los vegalinitas son como nosotros, pero en chiquito.

AMÍLCAR: ¿En chiquito? ¿Son enanos o qué?

INSPECTOR: Son liliputienses.

AMÍLCAR: ¿Lirioputienses? Lirioputísimos los hijos de la gran...

INSPECTOR: *(Interrumpiéndolo.)* Liliputienses. En general de menos talla que los enanos, pero de formas más armoniosas. Realmente como nosotros. Como usted o como yo, pero a escala.

AMÍLCAR: *(Entusiasmado, como si hubiese descubierto algo muy importante.)* ¡Entonces, se les puede reconocer a primera vista!

INSPECTOR: En realidad... ¡no!

AMÍLCAR: ¡Pero si son chiquitillos!

INSPECTOR: ¡Pero no pendejos! Y han aprendido a crecer.

AMÍLCAR: ¿A crecer?

INSPECTOR: Hasta alcanzar nuestra estatura. Y eso les permite...

AMBOS: *(A coro y con miedo.)* ¡Pasar inadvertidos!

## Siete

Cuando Amílcar aún charlaba con “don Inspector”, como él a veces lo llamaba, Adalgisa, a unas ocho oscuras cuadras del parque, acicalaba sus recién recuperados pies. Los lavó, les untó un exfoliante, luego una crema con aceite de almendras y esmaltó sus uñas con un barniz rojo sangre de ultra secado profesional. Recostada en el piso, elevó sus piernas lo más que pudo y las movió de tal forma que sus pies parecían volar como la ingrávida mosca que danzaba en torno de ella y llenaba su corazón, hasta el desborde, con ensueños liberadores.

—¡Tengo otra vez mis pies! ¡Parecen aves extrañas, pero bellas surcando el cielo! Y mis dedos son como trocitos de luz madura. Estoy tan contenta que saldría a la calle a abrazar a todos, digo, si no estuviera tan oscuro y si alguien se dejara abrazar —dijo para sí misma.

Alegre, risueña, se incorporó y caminó cantando una vieja canción:

... los aretes que le faltan a la luna  
los tengo guardados en el fondo del mar...

Fue hasta su recámara y de la gaveta de su buró extrajo unas cuartillas blancas y una pluma fuente. Volvió al comedor, ocupó de nuevo su lugar frente a la mesa y se puso a escribir. Bueno, no de inmediato. Primeramente, contorsionándose, elevó su pierna derecha y, a la vez, abajó su cabeza para besar el dedo gordo de su pie. Segundamente, limpió de migajas de pan el fragmento de mesa que tenía ante sí, acomodó sus cuartillas y empinada sobre ellas, arrimando una alcuza para ver mejor, se entregó a uno de los actos más inútiles que conoce la sociedad humana: escribir un poema.

Pensaba que el reciente sucedido (recuperar sus pies) merecía ser celebrado con una melopea que vendría a sumarse a su colección intitulada *Cantos troncales*. Al nuevo texto le correspondía el numeral 35 —su intención era reunir cuando menos cincuenta cantos para explorar las posibilidades de publicación— y decía así:

Tunku-rrunku, tunku-tunku,  
Tunku-rrunku, tu—na;  
Tunku-tunku, tunku-tunku,  
Runku-tunku, tu—na.  
Tiki—rriki, tiki-tiki,  
Tiki-rriki, to—na;  
Riki-tiki, tiki-tiki,  
Riki-tiki, to—na.

Como puede apreciarse, Adalgisa cultivaba una poesía onomatopéyica, prelógica, puramente decorativa —dicho esto último sin ninguna intención de restarle méritos a sus afanes— que al no conceptualizar nada y carecer de categoría gramatical alguna o de contexto cultural, alcanzaba una pureza de honradez, interna y externa, fundamentada en la identidad esencial de la psique humana. Como principio básico de su quehacer poético, se podría hacer una afirmación tajante: su glotocentrismo radical funde cuerpo y espacio y por ende ya no hay forma ni color ni grito, sino un metafísico dialecto surgido de la confusión completa, de la fascinación mágica. Era la suya una poesía trascendental, sobrehumana, extática, metafísica y excéntrica. Etérea y genial.

Adalgisa relejó sus contundentes versos, yendo y viniendo por su vivienda; moviendo las nalgas rítmicamente para sentir la cadencia, la entonación de su poema. Estaba contenta y, sin embargo, de un momento a otro su ánimo se ensombreció, decayó, desde su interior se engendró una especie de cortocircuito en su cerebro y se instaló en un éxtasis melancólico. Entonces se sentó en el piso de duela y su boca se llenó de palabras oscuras:

—Éste es el desenlace y fin de nuestra historia; cosa bastante rara terminar así, consumidos por el miedo a un enemigo que jamás hemos visto, a supuestos peligros que corren de boca en boca, pero de los que no tenemos evidencia irrefutable.

A estas y otras más elaboradas reflexiones se entregaba Adalgisa cuando escuchó un barullo de carreras y voces provenientes de la calle. Se asomó por la ventana y vio a sus vecinas arremolinadas en torno de cuartillas volantes que caían del cielo. Por lo denso y bajo de la neblina morada, los volantes se hacían visibles a escasos

metros del piso y bajaban flotando perezosamente, lo que permitía atraparlos con facilidad aún en el aire. Del otro lado de la niebla, venía un zumbido grave y algo como el golpeteo de aspas giratorias.

La mujer de Amílcar Olmos abrió la ventana y le preguntó a quien tuvo más a la mano de qué venía el asunto y por toda respuesta la vecina le entregó uno de los volantes.

—Vea las noticias que nos caen del cielo —le dijo cariacontecida y le dio la espalda para volverse a su casa.

Adalgisa recibió la cuartilla, cerró la ventana, se sentó y leyó:

Comunicado del general Gargamuni,  
comandante en jefe del Ejército Vegalinita de Ocupación

La corrupción de la medicina, que debiera ser menos malignamente “docta” y más popular, a fin de quitarle ese aire de misterio que la hace exclusiva propiedad de una clase privilegiada, de tal manera que cada persona pudiera conocer y juzgar cualquier enfermedad es, tal vez, el más chocante y repulsivo síntoma de la bajeza a que se ha reducido la humanidad terrestre. Y esto es así por entrar en contradicción con el fundamento mismo de vuestra condición orgánica. El cuerpo humano es una ciudad maravillosa que debió servirles de ejemplo para fomentar la solidaridad universal. Órganos lesionados o inutilizados son ayudados por otros de iguales o semejantes funciones. Con claridad patente vemos el principio de solidaridad orgánica en la obra magnífica de la fagocitosis. Si atendierais a la Madre Naturaleza, que os habla a través de vuestro propio cuerpo, viviríais doscientos años en promedio, y vivís una tercera parte, si bien os va. Cuando vuestra semilla fue plantada en

el planeta, se inscribió en vuestro código genético toda la información requerida para prosperar en armonía con el Canto del Mundo. Y no ha sido así. Habéis envilecido los actos vitales: no sabéis comer, no sabéis defecar, no sabéis respirar —la respiración es el puente de unión entre la vida universal y la vida individual— y habéis hecho del amor sexual un cuadro fatídico de amores relajados, sin pasión, sin espíritu, que sólo obedecen a la satisfacción bestial de la materia. Y qué decir de vuestra relación con el medio ambiente, incluyendo a vuestros hermanos animales.

Por todo lo anterior hemos decidido ayudaros a concluir la tarea a la que con tanto afán os habéis entregado en los últimos siglos.

General Gargamuni



Comandante en jefe





## Ocho

Cuando Adalgisa terminó de leer el comunicado, se detuvo en la firma del general Gargamuni y tuvo la peregrina idea de que sería maravilloso traducir sus *Cantos troncales* a esos trazos geométricos, elegantes y escuetos, que le hablaban de una civilización más ordenada, más avanzada, pero de alguna forma menos embrollada que la nuestra al borde del desastre. Se imaginó que “tunku-rrunku” tal vez luciría así: ◀▶↔↗▶↯△△▶↔↗▶ y “tiki-rriki” de esta otra manera: ◀↗↘↯↯△△↘↗↘. Qué bellissimo sería ver sus poemas y su nombre, Adalgisa Krumm, traducidos al vegalinita (↯↔↔↯↯↯↯→↘▽↔ ↯↯△▶↘↘), un idioma que le parecía hecho para el cultivo de esta poesía de extrema pureza, decorativa como la poesía que hicieron los hombres neolíticos, en tantos aspectos mejores que los de hogaño.

Después Adalgisa sopesó palabra por palabra los dichos del general Gargamuni y los halló coherentes, concisos y verdaderos. Releyó el fragmento relativo al amor sexual y se encontró culpable de haber vivido amores relajados que sólo obedecían a la satisfacción bestial de la materia, pero de ninguna manera sin pasión. Sobre lo del espíritu no sabía a qué atenerse, pues no entendía del todo a qué, exactamente, se refería el general Gargamuni. Lo de la fagocitosis, tuvo que consultarlo en el diccionario y halló lo siguiente:

**Fagocitosis.** Función de los fagocitos, muy importante en la lucha contra las enfermedades.

Y antes:

**Fagocito.** (Con las raíces *fag*, comer y *cit*, célula.) Célula emigrante que existe en todos los organismos, la cual tiene la propiedad de englobar y digerir cuerpos extraños, especialmente microbios; los leucocitos o glóbulos blancos de la sangre son fagocitos.

Entonces se imaginó a aquellos seres errantes —los fagocitos— como conscientes, pues tal un ejército al toque de ataque se lanzan a una batalla encarnizada, como impulsados por un grito —¡vencer o morir!— y resultan vencedores o vencidos, según el poder químico de la célula. ¡Qué hermosura! ¡Qué cosas tiene Dios! Porque sin duda, por lo menos para ella, todo eso era obra del Creador, y aún más: La espuma del mar. La espuma de la leche. La fragancia de las flores. Su saliva (que tanto le gustaba a su amado). La agradable

luz de la luna resplandeciendo (así la recordaba ella) a través de la ventana de su habitación. Y qué hermosura su propia hermosura.

Se sabía una mujer hermosa. “Angelicalmente hermosa”, le solía decir Amílcar cuando hacían el amor. Ella, replicaba: “Diabólicamente hermosa”. “Es lo mismo”, decía él y preguntaba:

≈≈

*¿Te gustó? / Sí, pero no te vayas a sentir el muy-muy. Recuerda que el orgasmo es de quien lo trabaja, como decía mi general Zapata. / ¡Carajo, Ada, no me vengas con citas históricas! Ya te pude penetrar más, ¿no te dolió? / No, yo ya me he desligado de la carne. Soy puro espíritu. / Sí, chucha, cómo no.*

*Yo también. / Tú también, ¿qué? / Te penetré más. Bueno, un poco, un poquito más. ¿Te diste cuenta? —dijo ella con el dildo en la mano— / Sí. / ¿Te dolió? / No, no mucho. Jijiji. / ¿De qué te ríes? / De que dejamos las sábanas empapadas, tiesas, ve, almidonadas con líquidos seminales y fluidos corporales.*

*Ni digas eso, haces que me sonroje. / ¿Sonrojarte, tú? No puedo creerlo. / ¿Por qué? / Porque eres la mujer con mayor atrevimiento sexual que he conocido. Antes de ti a ninguna otra se le había ocurrido sodomizarme. / ¡Uuuyy!, pues qué falta de imaginación. Habrás andado con puras analfabetas sexuales.*

*Adalgisa, no sabes cuánto te amo. Mi cuerpo necesita del tuyo cada día más. / Sí, lo sé. Y me voy a aprovechar de ese amor. / ¿Ah, sí, y cómo? / Te voy a convertir en mi esclavo. Será un proceso paulatino pero constante, que comenzará mañana mismo. Escúchame bien: a partir de mañana, serás mi esclavo hora y media al día. Y semana tras semana aumentaremos media*

*hora más a tu esclavitud, hasta que por fin, no sé en cuántas semanas ni me importa, seas mi esclavo las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana.*

*¡Ay, Adalgisa! Mucho me temo que no habrá tiempo. Yo creo que en breve moriremos todos, o todos seremos esclavos de los vegali... / ¿Tan mal está la situación? / Haz de cuenta que nuestros cuerpos ya son carroña. / Pues antes de chupar faros he de comerme tus carnes de perro viejo...*

≈≈

Adalgisa se sentó a horcajadas sobre Amílcar y se inclinó para mordisquear los labios y el cuello del hombre que se retorció, se defendió con timidez y emitió chillidos y risoteos nerviosos. Después, Adalgisa se levantó; desnuda y callada caminó por la habitación con una mirada demencial y dos hilillos de sangre escurriendo por las comisuras de sus labios. Con la punta de su lengua lamió los hilillos hemáticos, volvió sobre sus pasos y se montó de nuevo en Amílcar, que acostado deslizó sobre la superficie de la cama las plantas de sus pies, de tal manera que sus muslos se elevaran y quedarán en posición para servirle de respaldo a la mujer que con ese apoyo pudo acercar los dedos de su pie izquierdo a los labios del hombre, cuya cabeza había descendido al ras del colchón, y demandar imperativa:

—Besa, esclavo —y él besó varias veces, una a una, las uvas de cada dedo del pie egipcio,<sup>1</sup> de falanges esbeltas, que se le ofrecía.

<sup>1</sup> Pie egipcio: visible en las estatuas de los faraones: el dedo gordo es el más largo y los otros le siguen por tamaño y orden decrecientes.

Mientras él besaba el pie de su amada, ella, en tono solemne, le comentaba que la Biblia dice en el Génesis, capítulo II, versículo 7: “Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz el aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente”.

—¿Te das color, mi amor? El principio de la vida es el soplo que entra por la nariz —y al decir esto, Adalgisa introducía el dedo gordo de su pie izquierdo en la fosa nasal derecha de Amílcar.

—Está decidido —agregó la mujer—, tenemos que hacer yoga.

—¿Hatha-yoga, Raja-yoga, Karma-yoga, Gnani-yoga, Bhakti-yoga, Kundalini-yoga? —preguntó Amílcar levantándose de pronto y derribando a la mujer sobre el lecho de sábanas revueltas—. Sin duda —agregó mientras ahora él, desnudo, paseaba por el cuarto— te refieres al Hatha-yoga que se ocupa de ejercicios psicofísicos y de la respiración que nos lleva a los laboratorios más íntimos de la vida. La atmósfera en que estamos sumergidos es un inmenso océano de fuerzas cósmicas del cual tomamos, por medio de la respiración, la porción necesaria para alimentar nuestras células y que éstas desarrollen otras células con iguales facultades a las suyas —de pronto hizo una pausa pensativa, detuvo su ir y venir, vio con fijeza a su amada, frunció el ceño y agregó:

—Por eso es tan atroz y tan irrefutable lo que nos hacen los vegetalitos. Están contaminando esos laboratorios más íntimos de la vida con su repugnante neblina morada.

—Que nos está enloqueciendo a todos —aportó Adalgisa desde el lecho y estalló, muy enojada—: ¡Carajo! ¡Pinches vegetalitos! ¡Chinguen a su madre y que se vayan al infierno y se quemen en el fuego eterno y los muerdan, hasta dejar sus esqueletos mondos y lirondos, moscas enrabadas!

Después de la mentadera de madre, Adalgisa se quedó dormida, acurrucada en los brazos de su amantísimo Amílcar que había vuelto al lecho de sábanas revueltas y mancilladas de fluidos corporales y líquidos seminales. Adalgisa tuvo un sueño poscoital y cinematográfico.

## Nueve

Cuando Adalgisa Krumm soñaba su cinematográfico sueño, Camila Ticiano, bassaris del barrio Chichimeca, escribía en su diario:

El sonido del segundero suena más y más fuerte a medida que me recuerda que mañana despertaré de nuevo a esta realidad de mierda. Y, sin embargo, sigo teniendo sueños poéticos. Anoche, por ejemplo, fui un rayo sumergiéndose en el agua clara de un lago tranquilo. Un lago de gran belleza plástica en medio de esta ciudad penumbrosa, del nabo, que da asco...

Fue entonces cuando los mantras hicieron retumbar el breve espacio en que estaba el Inspector (a unas cuerdas de Camila y su diario) en la incómoda posición de flor de loto, meditando, envuelto



en una bata china y bajo ella sólo calzoncillos. Amílcar entró en la habitación y un gesto de asombro se dibujó en su rostro. Los mantras de los meditadores, reunidos en las esquinas de las calles, bajaron de volumen y Amílcar se acercó al Inspector; caminó en torno a él, quiso tocarlo pero al fin no lo hizo. El Inspector se incorporó tirándose un sonoro, casi mítico, pedo que de seguro algo llevó de secreción anal.

—¡Inspector! —exclamó Amílcar, escandalizado.

—Querido amigo, aunque no lo crea ésta es la mejor manera de liberarnos de nuestras ideas perturbadoras —explicó el Inspector sin dar señas de la menor vergüenza.

—No sé si sea la mejor, pero sin duda es la más sonora —reviró Amílcar tapándose la nariz—. ¡Y la más apestosa! ¡Pa' su mecha, Inspector! ¿Pues qué diablos cenó?

—Diversos frutos, enlatados, del mar y de la tierra.

—¿Y está seguro de que las latas no habían caducado?

—Don Aaaamílcar, en estos tiempos no podemos estar seguros de nada —dijo el flatulento, prolongando la *a* y meneando pedagógicamente su dedo índice—. Pero en fin —agregó—: ¡Quién se muere! ¿Por qué se escandaliza?, si es del saber común que su insegura servilleta desde su primera juventud practica con singular alegría el arte-de-pedorrearse-decentemente-en-público.

Huyendo de la zona intoxicada, Amílcar se había arrimado a una ventana que abrió para orear la habitación, pero en vez del frescor que esperaba entró un aire ponzoñoso, envenenado por la neblina morada. “Así que estoy entre la espada y la pared”, se dijo Amílcar vencido por los miasmas.

—En fin, don, dígame para qué soy bueno.

—Para que me dé su opinión sobre un documento que me encargó escribir la municipalidad y que habrá de repartirse entre el pueblo llano. El dicho comunicado se intitula *Recomendaciones finales*. Escuche, escuche, querido amigo —y en posición militar, engolando la voz, el Inspector sacó del bolsillo de su bata una hoja manuscrita, curiosamente, en tinta morada muy semejante (en su color) a la neblina que cubría los ámbitos celestes de Tierra Adentro, y leyó, como si estuviese ante un auditorio, un texto muy acorde con la impostación de su voz, en que en efecto daba recomendaciones para despedirse del mundo con dignidad. La encomienda más importante aconsejaba meter la cabeza entre las rodillas y darles un beso a sus nalgas por última vez.

El Inspector dobló ceremonioso el manuscrito, lo volvió al bolsillo de su bata y vio a Amílcar con ojos interrogantes.

—¿Eh, qué le parece? Instrucciones claras, precisas e inclusive inspiradas —aseveró con un dejo de orgullo.

—Las he escuchado con gran atención, y sus *Recomendaciones finales* me parecen de gran valía histórica y aun literaria. Lo único que no comprendo es lo del beso en la cola —respondió Amílcar.

—¡¿Cómo?! ¡Eso es muy importante! Humaniza el documento, le da una densidad poética, lo vuelve... ¿Cómo decirlo?... ¡Carifñosón!

—Pues yo la única colita que quisiera besar, en ese postrer momento, es la de Adalgisa Krumm.

—¡Ay, amigo, las mujeres! No cabe duda que la tal Adalgisa le tiene sorbido el seso.

—¡No!

—¿No?

—Digo, no sólo el seso. También me sorbe el semen y aun la sangre de mis venas, y me ha hecho llorar y hasta orinarme de amor.

—¡Ah, orinar! *La mayor obra de ingeniería, por lo que a drenajes toca.* ¿Pero orinarse de amor? Qué cosa por demás insólita.

—El amor es cabrón, don Inspector. Rete cabrera.

—El amor *es hielo abrasador*, ya se sabe. Pero ni el amor habrá de salvarnos del cataclismo. Nada ni nadie nos salvará de este naufragio.

—¿Y nuestros parlamentarios?

—¡Valieron madre! ¿De qué putas sirvieron? ¡Los desorejaron!

≈≈

*¿En las cuevas? ¿Los desorejaron en las cuevas? / No, la gente se está refugiando en las cuevas y la ciudad se está quedando vacía. / No, vacía, no. Está siendo repoblada por las apariciones mágicas.*

*¿Las apariciones mágicas? / Sí, ¿ves las cabezas flotantes? / Desde aquí apenas las distingo. / Pronto tendrán tronco y extremidades y serán los nuevos habitantes de Tierra Adentro, y del planeta. ¡Qué lugar tan extraño será el mundo!*

*No más que el que nosotros construimos. / ¿Todo lo que nos está pasando es verdad o es un mal sueño? / No lo sé, algunos afirman que es una realidad irrefutable. Otros, que los vegalinitas nos han sumergido en esta alucinación colectiva. / ¿Cuál es la realidad?*

*¡Todos estamos muertos y no nos hemos dado cuenta! / ¿Cómo puede ser eso? No me lo digas, que me da miedo. / ¿Qué debo decirte entonces? / Que me amas. Que eres mío en cuerpo, alma y sombra. ¡Ven, Amílcar, sácame de aquí! ¡Estas horribles cabezas flotantes me horrorizan!*

(Adalgisa busca a Amílcar pero ya no lo encuentra. Quiere avanzar, y las cabezas la rodean, impidiéndole el paso. Está como enloquecida y se abalanza sobre una de ellas arrancándole, a dentelladas, una oreja).



## Diez

Cuando Savio Gordillo deambulaba por la plaza pública, una bassaris vestida con un tosco overol recortado a tijeretazos a la altura de sus rodillas, tocada con boina gris y calzando choclos negros con los cordones desatados, danzaba en medio de la penumbra al ritmo de una melodía dark-gótica que parecía venir de ningún lado: sus piernas subían y bajaban, y sus brazos hacían aspavientos. Bailaba sin control alguno e iba en ascenso su frenesí, a grado tal que al girar una de sus piernas salió disparado un choclo y golpeó la testa de Savio Gordillo, que andaba y desandaba conturbado la plaza en esas horas calamitosas.

—¿Qué le dijo Dimas a Gestas? ¡Qué chingaderas son éstas! Si soy un hijo manso de Job ¿por qué la agresión?

Y la bassaris, para emparejar y no bailar renga, se quitó el otro chocolo y lo dio al viento, a la franca inmensidad, a la chingada, y el chocolo golpeó la frente de Guido Ortiz.

—Diré adiós sin quejarme cuando entre por fin a mi noche sólo mía —dijo el cada vez más enloquecido carpintero que, acto seguido, se puso a danzar, en compañía de Savio Gordillo, en torno de la bassaris que giraba y giraba enardecida hasta caer de cansancio y quedar tendida en el piso de la plaza, jadeante.

El Inspector, que realizaba su habitual recorrido, se aproximó al trío, lo observó con curiosidad y meneó la cabeza:

—¡Es el colmo! —aseveró indignado—. ¡Ven la tempestad y no se hincan! ¡Tratar de darles a estos seres elementales conciencia de las cosas es como querer vaciar el mar a cucharadas! En estos tiempos terribles no se les ocurre más que entregarse a estos desfiguros. ¡Qué asco!

Enojado no pudo decir más, como era su intención, pues ya dirigía hacia la bassaris, don Guido y Savio Gordillo un dedo índice recriminatorio cuando un *king size* posturopédico cayó del cielo a gran velocidad, abriéndose paso entre las densidades de la neblina y aplastando la redundante humanidad del oficial.

## Once

Cuando el Inspector se recuperó del trancazo que le diera el colchón, y que lo tuvo desmayado un par de minutos, la bassaris, don Guido y Savio habían puesto pies en polvorosa, de tal manera que don Inspector, como en ocasiones le decía Amílcar, se encontró tirado en la plaza, solo.

Atolondrado aún se levantó y *andó* como el bíblico Lázaro, escuchando la música dark-gótica que parecía venir de ningún lado. Andó-caminó-anduvo medio pendejo un rato, se tropezaba con las pinches piedras y se dijo a sí mismo: “Voy a enseñarme a ciego”, y se echó otro pedo. La comida enlatada, que consumía desde meses atrás, lo tenía hecho un costal de gases pestilentes, perfectamente asquerosos, lo que nutría su apasionada entrega al



arte-de-pedorrearse-decentemente-en-público. Y el Inspector tuvo un repentino recuerdo, pero de algo tan trivial que era una ociosidad el tenerlo.



Hasta los lindes de su edad madura, el Inspector se había dedicado más bien a la vagancia. Disfrutaba visitar los antros de baja categoría del centro. Para costearse estas giras nocturnas, desempeñó todo tipo de oficios: mesero, mandadero en oficinas públicas, boxeador de peleas clandestinas, corredor de apuestas, sacaborrachos, padrote y hasta torero de corridas cómicas en ferias de pueblo.

En una de sus tantas noches de farra, gongorina parranda, gótico destrampe, almibarado desmadre, fumando un purillo Romeo y Julieta, con algunas inevitables gotas de orín, aún relumbrante, en las valencianas de sus pantalones acampanados, moderadamente narcotizado con una mezcla de achicalada sin sema y semillas de la virgen, entró a la Peña Deschavetada y escuchó a una tabernera lunfardesca, bolerista, tanguista y mambolera, platinada y con mucho kohl sobre los párpados, una vieja flaca, fané, descangayada, cantar el inmortal bolero de los hermanos Homero y Virgilio Expósito:

Tú,  
 que ves fantasmas en las noches de trasluz  
 y oyes el canto perfumado del azul,  
 vete de mí.  
 No te detengas a mirar  
 las ramas muertas del rosal

que se marchitan sin dar flor.  
 Mira el paisaje del amor  
 que es la razón para soñar,  
 vete de mí...

La flacucha, pero con barriguita, cantaba con inflexiones coránicas y enorme emoción, como poseída por un duende demoniaco que la obligaba a las más exageradas gesticulaciones. Por el rostro de la mujer, que parecía un pergamino arrugado y pintarrajeado —la zona de los ojos con sombras negras, las mejillas con rubor guinda y los labios con *lipstick* amarillo—, escurrían goterones de lágrimas negras. Tras un rato de escucharla, el futuro Inspector pensó que tal vez no era emoción pura, sino exacerbada por la caspa del diablo, lo que hacía temblar a la cantante...



Caspa del diablo, pescado seco y lluvia dorada, en una covacha de paredes salitrosas, pintadas de un marrón desteñido, poblada de periódicos viejos, guacales con hortalizas y frutas podridas, rejas de botellas de refresco vacías y sillones desvencijados, compartieron don Guido, Savio y la bassaris, lejos de las admoniciones del Inspector. La bassaris les convidó la caspa y les roció con lluvia dorada las espaldas, las panzas y los genitales, tributo que la mujer les hizo pagar para que ambos gozaran de los orificios femeninos. Primero en línea, uno tras otro, y después de manera simultánea, uno por delante y otro por detrás y alternando frentes y jugando una bárbara esgrima de lenguas, vergas y dedos. La bassaris les pidió que la

llamaran Mari Juana y que para rematar la orgía hicieran, desnudos, postraciones ante ella. Las hicieron y después, siguiendo siempre las instrucciones de Mari Juana, se tendieron bocabajo y ella, también desnuda, caminó sobre ellos y con un pie comenzó a jugar con el trasero de don Guido hasta que el dedo gordo abordó el ano, consiguió abrirlo y se introdujo en él. Don Guido, el elegido, ronroneaba de placer. Buscando por la covacha, la bassaris encontró una flexible vara de membrillo, y colocando a los hombres en batería y en posición —bocabajo pero con los muslos doblados sobre el abdomen y las rodillas separadas— les dio en las nalgas —lo más cercano posible al quevediano ojo del culo— hasta enrojecerlas, una buena dosis de azotaina erótica.

Cansada de estas salaces actividades, Mari Juana se tendió en un sofá desconchinflado y les ordenó que hicieran de comer. La mentada covacha era, desde hacía semanas, refugio de don Guido, quien envuelto en papel periódico tenía pescado seco que sirvió en mugrosos platos de cartón. Savio buscó entre los guacales los trozos no del todo podridos de hortalizas y frutas y preparó una ensalada un tanto asquerosa, quieras que no sazónada con sudor y hasta un poco de semen.

Mari Juana comió con apetito, sentada en el sofá, mientras los hombres comieron en el piso, echados a sus pies, porque así se los exigió ella, chasqueándoles los dedos.

—Desde hoy ustedes serán mis esclavos y mis perros falderos —les dijo.

—Sí, serás nuestra diosa —le respondió Savio.

—Hasta que venga el remolino que habrá de borrarnos de la faz de la tierra —agregó don Guido, que se acercó a Mari Juana bailando una zarabanda y cantando razonablemente bien entonado:

Al pie se revuelven, en grupo lascivo,  
el chivo y la bruja, la bruja y el chivo;  
y chivos y brujas, Dios sabe qué harán.

Y sorpresivamente le dio un beso francés, profundo, vibrátil, húmedo. Mari Juana lo apartó de sí, poniéndole la mano en el pecho y empujándolo, pero sin darse mucha prisa ni poner mayor fuerza en el empujón, pues en verdad la chica disfrutó del beso e inclusive atisbó una impensada mirada seductora en don Guido.

—Fiero tu modo —le dijo la mujer, fingiéndose contrariada.  
¡Ah, el beso pedagógico!

≈≈

*Nunca me dijiste cómo aparecieron tus pies. / ¿No, verdad? Cayeron del cielo. / ¿Del cielo cielo o del cielo raso de esta habitación? / ¿Cuál es la diferencia? En ambos casos es algo milagroso. / Pues sí, pero entre el primer y segundo milagro hay una diferencia cualitativa. / ¡Ah, caray! No lo había reflexionado.*

*¿Qué te pareció la loca de ayer? / ¿La que danzaba desnuda por las calles, al ritmo de una música que sólo ella escuchaba? / Sipi. / Fue un espectáculo patético, y más si piensas que la pobre estaba en agonía. ¿No te parece espeluznante?*

*Yo al principio pensé que era una güila buscando clientes de manera excéntrica. / ¿Una güila en busca de clientes? ¡Ay, Adalgisa!, nuestra civilización está a punto de extinguirse y tú sólo piensas en cochinadas. / ¿Para cuándo está anunciado el cataclismo?*

*Para mañana temprano. / Entonces, tengo todavía esta larga noche para comerme tus carnes de perro viejo.*

## Doce

Cuando ya todo lo cubre la neblina morada, en un sofá maltrecho están sentados Adalgisa y Amílcar, a mitad de la calle. Detrás de ellos:

SillOnesSillAsMeSasDiversOsmueBlesArrumbaDosRotos-AmonTonadosUnosSobreotrOs. La pareja, decepcionada. De un radio portátil (despojo de tiempos mejores) tirado entre la mueblería, apenas se escucha, en muy bajo volumen:

Los marcianos llegaron ya  
y llegaron bailando ricachá,  
ricachá, ricachá, ricachá  
así llaman en Marte al chachachá.

Adalgisa, encabronada, dice, más como pensando en voz alta que dirigiéndose a Amílcar:

—Este Apocalipsis está resultando ser un fraude. ¡Ve nomás qué cataclismo tan chafa! ¿A quién se le ocurre? ¡Mira que hacer llover muebles del cielo! Los vegalinitas están más locos que nosotros. ¡Pobre planeta! ¡Carajo, qué falta de patetismo, de teatralidad! Esto no se puede tomar en serio. No es justo. Todos pensamos que habría de descender el Gran Espejo Patológico provocándonos, simplemente al reflejarnos, *ipso facto* la muerte entre el sonar de claros clarines y deslumbrantes filamentos de luz cegadora. ¿Qué pretenden estos cabrones? ¿Matarnos a mueblazos? ¡Qué perversidad tan recochina! Acabar con nuestra fina, avanzada, especializada civilización ¡a punta de mueblazos!, provocándonos fracturas, hematomas, humillación y vergüenza. ¡Qué situación tan más ridícula!

Amílcar, que había permanecido en silencio escuchando la alocución un tanto deshilvanada de su mujer, repentinamente se puso de pie y, andando de un lado para otro, habló en tono doctoral como quien acaba de descubrir la respuesta a un gran misterio:

—Espera, *aún la nave del olvido no ha partido*, podría haber sido mucho peor, mucho más humillante. Podrían haber hecho llover pus, cagadas, vómitos. Podrían habernos ahogado con un diluvio de excrementos y, sin embargo, hacen llover muebles. ¡Muebles, fruto del ingenio, del trabajo humano! En esto debe haber un mensaje, una señal. A mis pupilas acude el llanto.

Adalgisa se aproximó a Amílcar que en verdad lloraba:

—¡Tú, ¿llorando?! Pero si tú sólo has llorado de amor por mí, y por ninguna otra causa.

—¡Adalgisa, *hay peces que se bañan en la arena!* —respondió Amílcar en tono declamatorio.

—¡*Y ciclistas que corren por las olas!*, como es del saber común. ¿Pero, hablando en plata, eso qué tiene que ver con este fragmento de realidad en que hemos sido bombardeados con muebles en vez de misiles?

—¡No lo sé! Nada. Pero de pronto siento una especie de furor poético que me obliga a decir versos sin ton ni son. *De desnuda que está, brilla la estrella*, y una voz interior me dice que la lluvia o bombardeo de muebles no tiene la menor importancia. Lo que nos está matando es esta neblina morada que nos circunda.

—¿La neblina morada?

—Que bien pudiera ser un neuroquímico, una droga psicoactiva. Es decir, los vegalinitas están jugando con el mecanismo químico de nuestro cerebro, enloqueciéndonos con alucinaciones colectivas, y no ha habido ni habrá lluvia de muebles.

—¡Habrà la muerte teatral, patética, del Gran Espejo Patológico! Y mientras llega se divierten un rato con nosotros. ¡Qué culeros! —sentenció Adalgisa.

—¡Ada!, debemos unirnos a los Círculos de Rezadores —dijo Amílcar hincándose ante su amada, tomando sus manos y besándoselas, después, viéndola a los ojos, agregó—: El rezo fervoroso y colectivo es lo único que puede salvarnos, pues ésta es una batalla síquica. Por medio de la oración unánime de todos los habitantes de Tierra Adentro, activaremos un plano del Cosmos que tiene potencias de restauración. Así provocaremos la caída de un rocío celestial purificador que lloverá en gran cantidad como una borrasca bienhechora sobre el conjunto del plano humano, y que barrerá la



endemoniada neblina morada, condensará la fuerza etérica terrestre y hará posible el milagro.

Después de su breve discurso, Amílcar volvió a besar las manos de su mujer, ambos dorsos y ambas palmas, y abajándose aún más también le besó los pies; ósculos en apariencia inofensivos, pero provocaron que Amílcar baboseara sus calzoncillos de color guinda. Adalgisa sonrió, acarició la testa de Amílcar y habló telegráficamente:

—Ay, esclavito. Te amo. Creo todo perdido. No entendí nada.

—Mi amor, estamos en el mes de mayo, en la madurez de la savia vegetal y de la sangre humana, cuando las vibraciones de la naturaleza son más intensas. Todo es propicio, sólo hace falta nuestra fe unida.

—Nunca te había escuchado hablar así. Pareces predicador de una secta ¿celestial o satánica?

Él le aseguró que ni lo uno ni lo otro. Lo cierto era que en las últimas noches, durante el sueño, había aprendido cosas nuevas.

—¿Cosas nuevas? ¿Durante el sueño? —preguntó ella, extrañada.

—Así es. Las últimas noches he soñado con un tipo alto, meco, casi albino, que en los dos primeros sueños me dio una cantidad de datos que aún no sé cómo para qué...

—¿Cuáles? Dime, dime.

—Pues que la velocidad del *substratum* sutil de la electricidad, iones y electrones, alcanza una cifra de treinta y tres millones de vibraciones por segundo en la trigésima quinta octava...

—¡Ah, chirriones!

—Y que el oído humano no percibe un sonido si éste no produce, cuando menos, treinta y seis ondulaciones por segundo, y que tampoco percibe como sonido un número de vibraciones mayor de seis mil.

—O sea que el tipo vino a tus sueños para enseñarte algo de física.

—Pues así empezó, pero en el tercer sueño comenzó a hablarme de temas espirituales y me dijo que la velocidad de nuestro fluido nervioso es más de sesenta millones de veces mayor que la de la electricidad, y que el fluido espiritual es, a su vez, sesenta millones de veces mayor al fluido nervioso...

—¡Gacha tu calaca!

—Y que teniendo el año treinta millones de segundos, en los estados de sueño o éxtasis, o más bien cuando el espíritu está aislado del cuerpo, podemos experimentar en un segundo los sucesos correspondientes a dos años en estado de vigilia...

—Ya me perdí. ¡Qué galimatías!

—Luego me fue hablando de nuestra situación, y me dijo que ésta era una guerra de fluidos nerviosos y espirituales y me instruyó en lo del rezo...

”Afirmó que ‘la neblina morada es radiación electroplásmica extraída de los fluidos nerviosos y espirituales —y de los pensamientos y las voluntades subconscientes— de todos los seres que habitamos Tierra Adentro: humanos, animales, plantas, fantasmas hambrientos y otro tipo de encarnaciones. Las formaciones electroplásmicas, abundó, dan origen a materializaciones de toda índole y también son capaces de producir fenómenos de telequinesis. Por eso ven todo lo que ven —en realidad esas visiones se materializan— y ustedes, sin saberlo, están aportando los elementos físicos y síquicos de su propio desastre’.

—Pues habrá que informar a las autoridades...

—¡Y agárrate, amor mío! En el último sueño, apenas anteanoche, el tipo me reveló su identidad...

—¡Cha-cha-cha-chaaaannnn!

—Me dijo que era Huiracocha Krumm, tu chozno.

Adalgisa hizo un mohín casi imperceptible y exclamó:

—¡Ah, caray, la palingenesia pedagógica!

## Trece

Cuando Mari Juana salía a pasear con su perro, atándole el cuello con toscó mecate, se escuchaba siempre una melodía dark-gótica que parecía venir de ningún lado. Sin pudor alguno, en actitud más bien desafiante, Mari Juana entraba a los templos, auditorios y parques en que se reunían los Círculos de Oración y los meditadores. Su perro iba ataviado con un taparrabos confeccionado en distintos trozos de géneros corrientes. También vestía una camiseta para no andar exponiendo sus lonjas, y completaba su atuendo con rodilleras y guantes confeccionados con sobras de los ya dichos retazos.

Pasaba por entre los rezadores y los meditadores, altiva, jalando a su perro que, en cuatro patas —por eso las rodilleras y los guantes—, hacía esfuerzos para andar al ritmo que ella le imponía.

Mari Juana, que tendría alrededor de veinticinco años, era una mujer hermosa. Su cabellera negra, rizada, que caía sobre sus hombros, enmarcaba un rostro moreno de ojos grandes, brunos, brillantes y almendrados, nariz respingada y labios delgados, pero apetecibles; en el extremo derecho de su labio inferior tenía un lunar (*Ese lunar que tienes, cielito lindo, junto a la boca*) que, de alguna manera, embellecía aún más su rostro.

De entre los rezadores y meditadores, ordenaba:

—Guido, échate —y él se acomodaba a sus pies.

A veces se quitaba los choclos y era la señal convenida para que Guido besara esos pies griegos<sup>2</sup> —que sin los choclos de inmediato quedaban desnudos, pues la joven no usaba ni medias ni calcetas—.

Don Guido terminó como esclavo único de Mari Juana, dado que Savio Gordillo desertó en unos cuantos días, argumentándose a sí mismo que su dignidad de pregonero municipal no le permitía ser esclavo de nadie.



¿Qué diablos fue de Savio Gordillo? ¿Cuál fue su destino? ¿Comer maíz como cochino? Refieren las malas lenguas que una noche, una noche más bien madrugada, toda llena de murmullos y ventiscas arremolinadas, cuando Savio intentaba dormir, aún medio ebrio, en el cuarto de azotea del callejón La otra banda en que vivía, en el barrio Chichimeca, apersonóse un hombre de mirar sombrío que

<sup>2</sup> Pie griego. Así llamado porque se observa en las estatuas de la época clásica helénica: el segundo dedo es el más largo después del dedo gordo, y el tercero prácticamente mide lo mismo, y el cuarto y el quinto son más pequeños.

arrebatándole las cobijas y dejando a Savio sobre el catre sólo en calzoncillos, díjole:

—Sufres un mal tan espantoso como esta palidez del rostro mío.

—¿Quién menoscaba mis bienes? —preguntó Savio, un tanto ciscado y encogiéndose en el catre.

—Escuche, amigo, el juego ha terminado —dijo el intruso rechoncho que vestía una gabardina gris rata. Y le ordenó—: acícalese un poco, que no es propio presentarse ante el jefe en esas fachas.

—Con calma y nos amanecemos —habló Savio abandonando de un salto el lecho y, restregándose los ojos legañosos, preguntó—: ¿quién carajos es usted?

Por toda respuesta el rechoncho engabardinado —colochó para más señas— dio unos saltitos laterales al tiempo que, engolando la voz, recitaba extravagancias:

Por ponerme a rastrear  
tus vicios y señas  
vomito vidrios por las calles.

—¡Basta! —interrumpió Savio que no sabía qué estaba pasando ni por qué, mientras apresuradamente se ponía la camisa y el pantalón, pues mermaba su dignidad de pregonero estar en calzoncillos ante un desconocido—. Tenga la bondad —agregó— de identificarse, aunque con esa panza y esa gabardina, parece usted un escarabajo descomunal...

—Suficiente, compita, suficiente —arremetió verbalmente el escarabajo—, el jefe nos espera y no admite dilaciones.

Después se abalanzó sobre Savio Gordillo y, haciendo de su bardina capa, lo cobijó en un abrazo vampiresco. El atípico vampiro emprendió el vuelo, llevándose consigo a Savio Gordillo, saliendo por la misma —la única— puerta por la que había entrado. Dicen las lenguas de doble filo que sospechosamente abrazados los vieron perderse por los espacios amoratados del amanecer, o, más bien, del nunca amanecer de Tierra Adentro.



Por extraño que parezca a don Guido lo liberó su esclavitud. Lo liberó de sus pesadillas y le inyectó nueva vida, pues lo obligó a trabajar para poner habitable su covacha, que la pareja decidió convertir en su hogar. Asimismo, las andanzas por las calles en condición perruna y las aristotélicas prácticas de *equus eroticus* le restituyeron parte de su perdida condición física.

Canalizando la fuerza del deseo y, por qué no decirlo, del amor que don Guido muy pronto cultivó por esa mujer, el maestro carpintero desplegó una energía insospechada en un hombre cercano a la senilidad que había caído en la indigencia.

Albañil, resanó y pintó las paredes salitrosas, y haciendo gala de sus habilidades restauró muebles y construyó otros, y aun se unió a las mcv, lo que le hacía ganar un modesto estipendio que le permitía comprar algo de lo poco que se comercializaba en la cada vez más menesterosa ciudad.

Por su parte resultó que Mari Juana no era tan mariguana o —para decirlo de otra manera— no era tan mariguana Mari Juana: le quemaba la colita al diablo sólo una vez al día y cultivaba este hábito

porque, argumentaba, el tabaco loco hacía más potente su sexto poder sensorial;<sup>3</sup> es decir, el que funciona específicamente para generar la conciencia mental. A veces fumaba en la mañana. A veces fumaba en la tarde. A veces fumaba en la noche. Pero sólo una vez al día.

Tampoco resultó tan güila: ocasionalmente cogía con otro que no fuera don Guido e inclusive lo hacía participar a él en estas cogederas. Es decir: la relación de Mari Juana y don Guido calmó la ansiedad de ambos; su incertidumbre ante lo que iba a suceder, no sólo con ellos, sino con todos los habitantes de Tierra Adentro, los hizo aferrarse el uno al otro y los sumergió en la ilusión del amor. Un amor atípico, pero, a fin de cuentas, amor.

Ese amor era la pura pachequés para don Guido que, bien mirado, era más yonqui que Mari Juana. Cuando ella se le mostraba desnuda o lo acariciaba, en ocasiones frotando las plantas de sus pies griegos en las mejillas mofletudas del esclavo, o bien cuando le colocaba el mecate habilitado de correa, el cerebro de don Guido secretaba tal cantidad de dopamina y norepinefrina que su euforia se volvía incontrolable, porque su hipotálamo chorreaba químicos y él sufría efectos deletéreos: taquicardia o hipertensión. Ella, ocultamente, abrigaba el temor de que don Guido se le muriera cogiendo.

“Cogiendo, cogiendo, cogiendo”, así decía ella y no “haciendo el amor”, y le pidió a don Guido no usar nunca, bajo ninguna circunstancia, la palabra amor.

—Amor... didas te corto el pito y me voy huyendo de aquí. Te lo advierto, cabrón.

---

<sup>3</sup> Los otros cinco poderes sensoriales son: los generadores del ojo, del oído, de la nariz, de la lengua y del cuerpo.



Y sobre advertencia no hay engaño. Y don Guido se drogaba cada día más. Y tuvo las eyaculaciones más prolongadas y los orgasmos, los clímax, las subidas a la montaña rusa, al ratón loco, más intensas que había tenido nunca jamás, hasta llegar al delirio; un estado de éxtasis que perduraba por un largo lapso de tiempo. Del día a la noche y de la noche al amanecer, don Guido escuchaba la melodía dark-gótica que parecía venir de ningún lado. Porque don Guido —no tan fiero su modo— resultó ser un gran adicto al *cunnilingus*. Entrevistado para CNI, hubiese dicho: “El sexo oral me late un chorro. Adoro la textura y sabor de ese lugar oscuro y secreto. Qué chido levantar la vista y ver los ojos cerrados de Mari Juana, o puestos en blanco si abiertos, y su rostro contorsionado, sintiendo la muerte chiquita. Qué chido sentir mi cara empapada por sus secreciones y su clítoris danzando bajo mi lengua y ver cómo se balancea y arquea la espalda y, por fin, enloquecerme con sus gemidos. Qué chido cuando ha terminado y yo mantengo la cara entre sus piernas y se pone seca y pegajosa y nuestra piel se estira al separarse”.

En otros tiempos, no tan lejanos, cuando Mari Juana aún se llamaba Camila Ticiano, ella había sido una *groupie* danzarina, co-cainómana y alcohólica, seguidora empedernida de un grupo dark-gótico llamado Vitriolo-goth, que realizaba teatrales presentaciones en los antros de Tierra Adentro:

Me entrego a tu magia, palpando la lujuria.  
 Vuelo entre espinas  
 que hieren tu corazón.  
 Cada latido es un espasmo.  
 Un beso es un eclipse

y de repente un silencio histérico:  
 Memorias que se tornan viudas.  
 Un orgasmo es un balazo.  
 Estás a punto de dormir por siempre,  
 pero yo paso por una pesadilla...

Cantaba el grupo en el salón Alicia, mientras Camila se obsesionaba cada vez más con la poética idea del vuelo pedagógico, que consiste en arrojarse al vacío para ver muy de cerca los vertiginosos ojos claros de la muerte.

¡Ah, el vuelo pedagógico! Ella, presa de la ansiedad, con dolor de pecho (*cada latido es un espasmo*), acelerado el corazón (*vuelo entre espinas*), falta de aire, corrió por la avenida en medio de la noche (*y de repente un silencio histérico*), hasta topar con (y subir en chinga loca, jadeante) las escaleras de un puente peatonal (*estás a punto de dormir por siempre, pero yo paso por una pesadilla*):

la muerte. el auto-sacrificio. la ley de los opuestos. los complementarios. el último giro dancístico. la vida-muerte. la lucha de los cuerpos... ¡ah, el vuelo pedagógico! le esperaba en la plataforma. y se encaramó en el barandal. y vio las luces de los autos. y se sintió una serpiente enroscada que se desenrosca. y se arrojó al vacío.

En pleno vuelo pedagógico perdió el conocimiento, siendo así que un par de minutos después se dio cuenta de que no se había estampado en el pavimento o contra algún auto. Colgada, pendía cabeza abajo, habíase ahorcado al revés y, formando meandros o bien como lianas, sus cabellos caían y ella veía el mundo desde un miradero asaz estrambótico como un murciélago o un gato con los pies

de trapo. ¿Quieres que te lo cuente otra vez? Pies de trapo y ojos de pescado, ¿quieres que te lo cuente un soldado?

Y se volvió a desmayar, balanceándose en péndulo, a causa de un dolor intensísimo que la recorría de las plantas de sus pies a la coronilla. De ida y vuelta. ¿Qué había sucedido? Sus choclos se quedaron atorados en una intrincada red de cables, salvándola del despazurre sangriento y mórbido. Por eso un día Mari Juana, antaño Camila Ticiano, le pidió a su esclavizado don Guido:

—Si chupo faros antes que tú, quémame y esparce mis cenizas por las calles y toma mis choclos y avientalos para que queden colgados de los cables. Es el único monumento funerario que deseo.

—Ya vas, Barrabás —respondió el interpelado.

Por aquellos tiempos Mari Juana, antaño Camila Ticiano, escribió en su diario, que más bien era una libreta de apuntes inconexos, sin fechas y que versaban sobre los más diversos, enloquecidos asuntos:

Guido, tú eres el que siembra y el que recoge. Siembras diversas imágenes de la pasión en mi mente enferma, perturbada. Recoges los rayos de mi deseo que vienen de lo más profundo de mi plano psíquico. Eres una mano sumergida en el agua de mi cuerpo, de mi astro mental, de mi ego enfebrecido. Anduve perdida mucho tiempo, caminando entre las bajezas del mundo. Y por ti, mi esclavo, mi perro, mi hombre y mi mujer, mi alma evoluciona, vuelve a la puerta de su nacimiento, sus vibraciones corren por el espacio de un mundo suyo, propio...

Un mundo suyo, tan propio, construyeron estos amantes perdidos en la neblina morada de Tierra Adentro, que una noche de paroxismos eróticos Mari Juana —antaño Camila Ticiano— alejó su hendidura roja, húmeda y labiada de los labios de don Guido, y su verborrea tan sólo silenciada en el orgasmo, se prodigó en bromas absurdas, perversas y aprehensivas, que no eran más que expresión cabal de sus apetitos de dominatriz. O eso se inventaba ella, porque una honda tristeza horadaba sus huesos y tal era su sentimiento de orfandad que quería mitigarlo con una pasión que colmara su piel, después de tantas vejaciones sufridas en un pasado no tan distante. Una pasión que la hiciera sentirse potencialmente sagrada, pues ella podía dictarle credos, ordenarle rituales, aplicarle silicios, arrimarle bendiciones o desgracias, imponerle distintos ritmos de placer o martirio a ese don Guido carpintero siempre listo para ser calado en la tortura sexual y la humillación lasciva.

—¿Te das cuenta qué tanto eres mi esclavo? —le preguntó ella al esclavizado él, mientras facturaba con destreza un cigarro de marihuana—. ¿Te rebelarías ante mí si te digo que quiero quemarte las plantas de los pies con mi yerba santa o con docilidad te someterías al martirio? Ya veo en tu rostro un dejo de angustia porque sabes que te someterías; pero no sufras por anticipado, hoy me apetece imponerte otra tortura. Escucha bien: sal por esas calles de Dios a prometer que limpiarás la ciudad de la neblina morada.

”Deberás ir con tus atavíos de cuando te paseo como mi perro; fumando el doctor cosquillas que estoy preparando para ti; pregonando que, en cumplimiento de un mandato de tu reina, con tus soplidos y orines dispararás la neblina morada; irás con un cucurucho de cartón en la cabeza, en que se lea la leyenda: *Bufón de Mari*

*Juana I*; con la cara de hechizado que usas cuando nos refocilamos; cumplirás este mandato con la certeza de que tan sólo lo haces para mi luciferino regocijo; deberás ir descalzo y caminarás por las calles más tortuosas de nuestra ya tan maltrecha ciudad.

”Caminarás sintiendo la tristeza de esta ciudad desolada por la niebla, con sus hombres y mujeres —y niños y ancianos— con miradas extraviadas que ya no pueden ver nada. Andarás ante la burla de los otros transeúntes con la certeza de que en realidad se ríen de sí mismos, pues tú les resultas un enigma que los agravia en lo más íntimo de sus fibras emocionales y les congela sus expectativas más ardientes. Porque ellos son un rebaño desprevenido que fue incapaz de evitar el fin del mundo.

## Catorce

Cuando ya tenían un año de estar sitiados por la neblina morada, las gentes de Tierra Adentro se pusieron pleitistas, muy dadas al enojo fácil. Por esto unos señores del barrio Chichimeca, liderados por el doctor Perfecto Mata, poeta aficionado y ajedrecista de cierto nivel, no un simple empujamadera, dijeron:

—Salgamos a cazar mimallones, que son los culpables de esta tragedia; démosles muerte y quememos en pira ritual sus corazones. Así se acabarán nuestros males.

”Vamos a perseguirlos hasta el corazón de la oscuridad; en las cuevas de Santa Catarina, donde se dice que habitan el Caballero Spic, el Cadejo y el Sombrerón, la triada maléfica de demonios necrófagos que diera vida a los glotones perros alados que hace cosa de un año asolaron los suburbios...

”Después de asarlos hay que sembrar los corazones mimallones en los cinco puntos cardinales de Tierra Adentro —norte, sur, este, oeste y centro—: serán monstruosas semillas de germinación inversa. Las plantas que de ellas broten, crecerán subterráneas, endemoniadas y sangrientas hacia el inframundo, hacia el Mictlán y sus raíces aéreas se alimentarán de la neblina morada, chupando todo el tóxico que nos envenena y apendeja...

”En fin, acordémonos de los Espejos Patológicos y demos soltura a nuestro llanto y caigamos presas de la angustia y vistamos nuestras prendas de gala, nuestros trajes ceremoniales para morir con cierta dignidad o, varones chichimecas, seamos más cabrones que bonitos y, morados de coraje, entre los ladridos de los perros endemoniados, salgamos a cazar mimallones.

Así hablaron unos señores del barrio Chichimeca y luego hundieron sus manos en los bolsillos y el doctor Perfecto Mata les ganó, a cada uno, cinco partidas de ajedrez...

## Quince

Cuando el doctor Perfecto Mata dio por vigésima quinta ocasión jaque mate, es que había vencido, al hilo, a cinco señores chichimecas cinco veces cada uno. Esta hazaña del escaque la realizó en un prado salpicado por un titipuchal de hongos alucinógenos.

Los individuos del Reino de Fungi, *psilocybe mexicana*, parecían pequeñas vergas (o *verguitas*) erectas y deformes (o cuando menos raras), pues los tallos resultaban demasiado esbeltos y cortos para las dimensiones de los puntiagudos sombreros que parecían glandes brillantes lubricados de rocío.

—Odio la luz azul al oído —dijo el doctor Perfecto Mata—, ya que no deja concentrarme suficientemente en aperturas, variantes, dobles y fianchetos, ya sean de dama ya sean de rey —agregó.



—¿Luz azul?, qué aseveración tan más extraña —le dijo Savio Gordillo, uno de los varones chichimecas vencido en el tablero—. ¿Cuál luz —agregó Savio— si vivimos mortecinamente?

—Me refiero a una luz que no se ve; se oye —remachó el doctor mientras se comía una torta de hongos alucinógenos y miel. Una torta de relatividad del tiempo y el espacio, de sabiduría oculta, de sinestesia gracias a la cual los sonidos pueden ser vistos o la luz oída. Savio Gordillo y los otros cinco varones chichimecas también le entraban a los hongos con singular alegría, pero sin telera aunque embijados con miel, para aminorar su sabor amargo.

—Ya vio el sol, compadre, naciendo con una guitarra eléctrica a cuestas —preguntó el doctor.

—Cuál sol, cuál sol, compadre; si hace un buen que nos hemos quedado sin sol —reparó Savio.

—Es una flor acongojada que canta una canción muy dulce; aunque no haya más sol, es el sol de los confines vacíos que nunca cambian ni sangran, así nos acechen los Espejos Patológicos —aseveró el doctor Perfecto Mata.

Mientras los compadres platicaban, los otros cuatro varones chichimecas recolectaban hongos mexicanos. Hongos que a veces era bien difícil cortarlos, pues estaban defendidos por unas tarántulas afelpadas y bermejas que hacían un ruido como de carcajadas y otro que sonaba como palabra extraña: yeccam yeccam yeccam... y atacaban las manos —para ellas tarántulas enemigas— que pretendían llevarse sus preciados champiñones alucinógenos. Pero los varones chichimecas no se amilanaban, antes bien se encabritaban sus corazones y, como si fueran sus uniformes de combate, colocaban en sus manos unos guantes de carnaza y entablaban batalla con las

tarántulas rientes, habladoras y bermejas —como ya señalamos— con excepción de sus uñas, tarsos y metatarsos que eran de un color negro azabache. Sus opistosomas, protuberancia que alberga los pulmones en forma de libro y el grande y noble corazón de araña, aunque de un tono menos encendido que sus prosomas y foveas, seguían siendo bermejos. Para cortar un hongo, cada mano tenía que aventarse un quién vive, un trompo, bailar un oso con una o dos de las peludas tarántulas que siempre, a fin de cuentas, resultaban vencidas por sus enguantadas rivales. Eran unos arácnidos de entre veintiocho y treinta centímetros —entre los extremos de sus patas extendidas— que, por fortuna, no perdían la vida en estos combates; tan sólo perdían cierta dignidad al ser zarandeadas por las manos encarnizadas, y babeando de humillación huían a sus refugios subterráneos, moviendo con rapidez y sincronía sus ocho patas, dejando los guantes mordisqueados y decorados con las flechitas peludas arrojadas por sus quelíceros.

—Voy y vengo, voy y vengo al fondo y desde el fondo del prodigio, para asfixiar la calma chicha de mis conciudadanos chichimecas y alentarlos para que salgamos a cazar mimallones —mientras el doctor Perfecto Mata decía tal cosa: eso de voy y vengo, uno de los varones chichimecas capturó una tarántula que, frenética —sus ocho pares de ojos encendidos de rabia— y cagándose del coraje, clavaba sus colmillos e inyectaba su ponzoña en la carnaza de los guantes.

—Te va a caer negro y tenebroso un maleficio bien culero por estar chingando ese animalito de Dios —le dijo convencido Savio Gordillo.

—Cuando se sale del estrecho túnel de la cotidianidad, se llega al mundo... ¡de las tarántulas! —dijo el varón chichimeca que tan

malamente manipulaba el arácnido que lo derrumbó de su inhábil mano enguantada, y vino a dar sobre una escolopendra. Y ambos artrópodos se trenzaron en una lucha fratricida y se enredaron y rodaron como un pedrusco mágico que refulgía de luces fosforescentes en la penumbra del prado al que los hongos alucinógenos daban sustancia y sentido. Y la muerte de escolopendra y araña —pues ambos fenecieron— provocó un desequilibrio cósmico tal, que la gran piedra lunar tuvo un estremecimiento y el destino de los habitantes de Tierra Adentro fue funesto... En fin, el doctor Perfecto Mata sufrió un delirio alucinatorio y vio caer granizo del cielo morado y la granizada iba formando el cuerpo de una mujer; milagro del Reino de Fungi que le hizo decir para sí mismo: “¡Oh, dulce ensueño, tú eres la excusa de mi pereza!”. Tras esas enigmáticas palabras, el doctor se sentó, en la incómoda posición de flor de loto, sobre el pasto del prado rebosante de hongos alucinógenos; tronchó uno, lo limpio a lamidas y se lo comió.

Días después el doctor entró a la oscurana de la Peña Deschavetada, se acodó en la barra de salientes prognáticas y pidió una cerveza mientras prendía un cigarrillo sin filtro. En una mesa arrinconada, el poeta Carlos Illescas escribía un soneto y se tomaba un caballito de mezcal. En una mesa central cuatro ñerazos vestidos con sendas túnicas azafranadas, recién apañadas a cuatro lamas tibetanos, le daban mate a una botella de Ron Potrero amenizado con ciento cincuenta microgramos de LSD. En ese inspirador ambiente de extremada pureza cantineril, el galeno Perfecto Mata pronunció su aforismo fundacional de toda una filosofía del espíritu chocarrero:

—Los gatos, sobre todo negros, son objetos amarillos.

Los implacables y eficaces ñerazos con justeza se sintieron conmovidos ante las implicaciones ontológicas del aforismo pronunciado por el facultativo.

Un revólver sobre la barra de la cantina, dejado en prenda por un parroquiano imposibilitado (financieramente) para saldar la cuenta de sus tragos, se estremeció ante el presagio de la muerte por plomo. Montado en su bicicleta, el ñerazo más ñerazo se arrimó a la barra y tomó el revólver; mató de un tiro el manubrio y, encallado en la bahía del odio sin sentido, disparó contra sus compinches pero con rete mala puntería, y al darse cuenta que sólo muy de cerquitas podía dar en el blanco, se mató a sí mismo; es decir, se dio un balazo en la sien. Los ñerazos se acercaron al cuerpo ya sin vida y comenzaron una salmodia de un breve y repetitivo mantra tibetano. Perfecto Mata se fue a sentar a la mesa de Carlos Illescas y le dijo circunspecto:

—Me cae que no se vale, poeta. Si estamos chupando tranquilos, qué necesidad...

—Mi estimado matasanos, me huele a chancleta romana —le respondió el poeta de illesquitud desorbitada—. ¿A poco no? —concluyó.

—¡Malditas sean las papas en columpio, ora cualquier perrito quiere coñac! —remató Perfecto Mata.

Pasado el súbito despiste, los parroquianos rodearon el cadáver que se quedó con los ojos abiertos y alguien comentó, tal vez uno de los ñerazos: “Nunca me había fijado, ¡qué ojos tan chéveres tenía este cabrón!”, y otra sombra fantasmal —la oscurana de la Peña Deschavetada se había hecho más espesa—: “En el fondo se le ven como hebras de tinieblas”. “Fíjense bien —dijo alguien más— era

de talle esbelto y elegante”. “Y era bien caliente —se oyó otra voz—. ¿Alguna vez le arrimaron la chata o le lloraron el descalabrado?”. Tales apreciaciones y preguntas se daban a la luz de unas velas mortecinas que a saber de dónde salieron. Las varias velas que ponían, de pies a cabeza, cerco a la muerte —es decir, al cadáver del más ñe-razo— flameaban querendonas, como una especie de sortilegio. Y sucedió que, también a saber de dónde, salió una sábana azul y con ella cubrieron el cadáver.

## Dieciséis

Cuando en las faldas del Siete Machetes —uno de los cerros emblemáticos de Tierra Adentro, pues su perfil asemeja una proliferación, hasta ser siete, de machetes desenvainados apuntando al cielo—, se encontró la cabeza, sin cuerpo, que por más de sesenta años usara en este mundo signado por la fugacidad el doctor Perfecto Mata, principal entre los principales señores chichimecas, sus doctrinas ya se habían propagado, a través de Radio Bemba, por la ciudad entera. En su corpus doctrinal, Perfecto Mata se refería a la voluntad de una entidad celestial de que él se convirtiera en el protector no sólo de los colonos del barrio Chichimeca, sino aun de todos los glebadentrinos (gentilicio de los habitantes de Tierra Adentro) de corazón puro, no carcomido por lo rutinario; grey desvalida que requería abrigo y ayuda ante sus pesares.

La susodicha entidad celestial, aparecida ante el médico en sus habituales *viajes en derrumbe*, se presentó desde la primera epifanía como mensajero del Señor del Veneno, patrón de Tierra Adentro, para darle la encomienda de deponer sus afanes de odio perseguidor de mimallones, y remplazarlos por la trabajosa tarea de fincar, en las faldas del Siete Machetes, un pueblo elegido. Tarea trascendental y mitopopéyica que requería de la excelencia individual de Perfecto Mata en tiempos decadentes, proclives a la mediocridad y enemigos de la audacia.

La celestial aparición le sentenció al doctor que la rutina es un esqueleto fósil que resiste a la carcoma de los siglos y que había llegado el tiempo de quebrantar dicha rutina y que los rutinarios (99 por ciento de la población) habrían de perecer en la gran pira purificadora en que devendría la neblina morada que maculaba la ciudad más allá de sus límites, y los más remotos confines, pues el caso, a pesar de la niebla, era bien claro: los presuntos invasores no eran tales. Es decir, no eran extraterrestres los castigadores ni los burladores de la humana condición envilecida por la rutina que había hundido a la sociedad en la bribonería de hombres y mujeres tan conformes que no pretendían ser originales en nada.

No alzaban sus palabras ni tenían opiniones peligrosas, ni desaprobaban a sus gobernantes, ni blasfemaban contra los dogmas sociales, sino que practicaban razones y usos tan anodinos, tan sin chiste, tan sin gracia, tan sin fe, tan reiterativos, predecibles y aburridos que los volvía fanáticos de una mediocridad más densa que la niebla. Bribones y bribonas habían transformado al mismísimo redondo mundo en una cifra hueca, que no valía más que la bruma escarlata que hogaño era un signo del fin de los tiempos.

De acuerdo a lo que señalara la celeste aparición, los perpetradores de la desgracia que Tierra Adentro sufría, eran hombres y mujeres mecos, casi albinos y de bajísima estatura, creados por los demonios que habitaban las cuevas de Siete Machetes para sancionar ese gran pecado de apatía rayana en la estupidez y que había convocado la participación comunitaria como ninguna otra causa en siglos.

Una mañana cualquiera, de un día cualquiera, el sol salió como siempre por el mismo punto cardinal, pero las entidades malignas de las cuevas de Siete Machetes, que siempre han argumentado tener autoridad sobre las aguas, el viento, el fuego y demás, esa mañana cualquiera pusieron en marcha su abominable plan. En fin, esto le explicaba, en medio de las más dulces incandescencias, la celeste aparición a Perfecto Mata, y tal cual lo repetía él —con sus ciento ochenta y cinco centímetros de estatura y moviendo su denso bigote al hablar— a quienes consideraba, varones y hembras, dignos de ser salvados. Cabe agregar que la cabeza sin cuerpo hallada en las faldas del Siete Machetes —cerro considerado mágico por los vecindados en sus cercanías, pues las hojas de sus árboles aullaban como perros en brama en noches de plenilunio— flotaba con lentitud en medio de la niebla, y decía estas palabras ya sin rumbo, pues no había nadie para escucharlas: “He de medir, hora por hora, la soledad de todos”, y brillaban sus ojos marrones y en la calva cabeza crecían pensamientos silvestres, pequeñas flores de malvas y amarillos intensos.

Después la cabeza comenzó a aparecerse por todas las esquinas de los cuatro barrios históricos de Tierra Adentro. Parecía desprenderse (la cabeza) de las nubosidades moradas y todos la veían y la



oían, y los miembros de las tribus urbanas —mimallones, klodones y bassaris— temblaban asustados. Y aun los gentiles sin tribu se angustiaban.

¡Ah, el Apocalipsis pedagógico!

## Diecisiete

Cuando Adalgisa y Amílcar aún platicaban sobre lo que a él, en sueños, le había revelado Huiracocha Krumm, el chozno de ella, un niño sentado en un maltrecho sofá fumaba un sospechoso cigarrillo y los observaba con atención. Un niño meco, casi albino, de ojos vivarachos azul agua, de tan sólo ocho o nueve años de edad. Un niño esbelto, afeminado y estrecho, Eleguá vestido de blanco y tocado por un sombrero de yarey, y luciendo collar y pulseras de cuentas rojas y negras y todo él apestoso a aguardiente. El niño se aproximó a la pareja y dirigiéndose a Adalgisa, preguntó:

—¿Y tus pies?

—Pies para qué os quiero, si tengo alas pa' volar —respondió ella.

—No, de veras, ¿qué onda con tus pies? —intervino Amílcar.

—Pues eso quisiera saber, qué onda con mis pies.

—Te ves bien vaciada andando sin pies. Déjanos ver bien. Camina un poco, porfa —dijeron a coro Amílcar y el niño fumador.

—Soy un bufón o qué —reclamó Adalgisa, fingiéndose molesta.

—¡Ándale! Que no todos los días podemos ver a una mujer andar sin pies.

—De veras que se quieren burlar de mí.

—Sólo un poquito. ¡Ándale! —finiquitaron ambos.

Adalgisa caminó sin pies en un amplio círculo, mientras el hombre y el extraño niño la observaban complacidos. Más que caminar, levitaba y su desplazamiento era ágil y, a la vez, daba apariencia de fragilidad. De pronto se detuvo, sonriente:

—¿Satisfechos?

—Absolutamente —respondió Amílcar.

—No se puede pedir más gracia —dijo el infante fumador que dio un giro de trescientos sesenta grados sobre un solo pie y envejeció setenta años. El niño se volvió enano; para ser más precisos, liliputiense (pues inclusive se redujo su estatura), lechoso, calvo, panzón y arrugado. Con voz cascada, se dirigió a ambos:

—Ustedes me han hecho el día y los voy a recompensar.

—¿De qué manera? —le preguntó Amílcar viendo de reojo a su mujer que le devolvía la subrepticia mirada, pues ambos habían notado el encogimiento y el súbito envejecer.

—Librándolos del traumático dolor de ver su ciudad destruida —aseveró el liliputiense y arrimándose a la pareja les sahumó los rostros con volutas de humo morado, haciéndoles toser en repetidas ocasiones.

—¿Y cómo nos va a librar de tal dolor? —preguntó Adalgisa.

Por toda respuesta, el liliputiense declamó:

Sólo creed, sólo creed;  
todo es posible, sólo creed.

—Pero antes denme chance de contarles una historia ejemplar, para lo que necesito trazar un espacio mágico —dijo el liliputiense y sacando un carbón exorcizado del bolsillo interior de su saco se dio a la tarea de trazar sobre el pavimento un amplio pentágulo, encerrado en un círculo.

Terminado su dibujo, el liliputiense se sentó en la incómoda posición de flor de loto en el centro de la estrella y colocó frente a él un reloj de arena —tal vez para no excederse en el tiempo de su narración—. Acto seguido les pidió a Adalgisa y Amílcar que hallaran lugar en alguna de las puntas. La pareja se acomodó en la cima, en el ángulo conocido en algunos grimorios como macho o *anima mundi*, y eligieron ese lugar no por alguna consideración brujeril o jerárquica, sino simplemente porque así quedaban cara a cara con el liliputiense-viejo-niño-fumador. Ellos no sabían, no podían saberlo (porque además está fuera de toda lógica) que se sentaran donde se sentaran siempre verían el rostro del extraño ser. Y cuando Ada y Amílcar pensaron que el liliputiense daría inicio a la narración de la historia ejemplar, le oyeron argumentar que valdría mucho la pena contar con una audiencia más nutrida, así la historia que iba a contar no tendría desperdicio. Entonces chascó los dedos y otras parejas llegaron a ocupar sus respectivos lugares: Sandra Malone y el Caballero Spic, Mari Juana y Guido, doña Delina y don Amador, y Savio Gordillo acompañado por el Inspector; cada pareja para cada punta vacía de la estrella. Satisfecho el liliputiense, con su voz

cascada, aguardentosa, viendo a todos a los ojos, en vez de contar su cuento, les dijo:

—Pies de trapo y ojos de pescado ¿quieren que se los cuente un soldado? —Mientras se carcajeaba con estrépito y un Espejo Patológico, tan grande como una colina, descendía de las altas densidades de la neblina morada, acompañado de lluvia radiactiva y el sonar de claros clarines.

# Índice



15	Uno
21	Dos
25	Tres
35	Cuatro
41	Cinco
43	Seis
49	Siete
55	Ocho
61	Nueve
67	Diez



69 Once

75 Doce

81 Trece

91 Catorce

93 Quince

99 Dieciséis

103 Diecisiete



*Neblina morada*, de

José Falconi, se terminó de imprimir en diciembre de 2020, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S. A. de C. V., con oficina de venta en Otumba núm. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, en Toluca, Estado de México, C. P. 50040. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué. Formación, portada y supervisión en imprenta: Adriana Juárez Manríquez. Cuidado de la edición: Laura Zúñiga Orta, Erika Yanet Medina Trinidad y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.





